LIBRO dot.com

LOS AMANTES DE TERUEL

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

DON JUAN DIEGO MARTÍNEZ GARCÉS DE MARSILLA.

DOÑA ISABEL DE SEGURA.

DOÑA MARGARITA.

DON RODRIGO DE AZAGRA.

DON PEDRO DE SEGURA.

DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA.

ZULIMA: .

MARI-GÓMEZ: .

ADEL: .

ZEANGIR: .

TRES BANDIDOS.

Soldados moros, damas, caballeros, criados, bandidos, un verdugo, un barquero.
El primer acto pasa en Valencia, y los demás en Teruel.
Año 1217.

ACTO I

Dormitorio magníficamente adornado a usanza morisca. A la derecha, una cama del mismo gusto, inmediata al proscenio; a la izquierda, un bufete de dos cuerpos con entalladuras arabescas, y más arriba, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y una pequeña a cada lado.

Escena I

ZULIMA: , ADEL, MARSILLA, adormecido en la cama.

ZULIMA: Tú eres el único depositario de este secreto.

ADEL: Sultana, recias son las llaves de los calabozos, y en veinte años no se me han hecho pesadas; ligera es ésta del harem que hoy me das, y ya me descoyunta la mano.

ZULIMA: Y ¿por qué? ¿No es llave también de una cárcel?

ADEL: En la cárcel donde se gime, puede el carcelero recibir mil huéspedes sin peligro; pero en la cárcel donde se goza, si da entrada a más de uno, ya puede despedirse de su cabeza.

ZULIMA: ¿Rehúsas ahora servirme?

ADEL: Señora, ya sabes tú que no puedo rehusarlo. El ínclito Amir Zeit Abenzeit, que Alá prospere, dijo a sus siervos al partir de Valencia: obedeced a nuestra esposa Zulima como a mí mismo mientras yo me detenga en Murcia.

ZULIMA: Debes obedecerme.

ADEL: Así lo he hecho, y así lo haré. Pero tornará a Valencia el Amir; y si amanece un día aciago en que las piedras hablen, me dirá el querido del profeta: ¿Por qué has introducido en nuestro real harem a un perro cautivo? Yo podré responderle que así lo mandó la sultana Zulima; pero tal excusa no librará al introductor de ser azotado, desorejado, y acañavereado o quemado vivo. Yo quisiera evitar esto, salvo tu parecer.

ZULIMA: ¡Maldígate Alá, vaticinador de desastres! ¿La llama del suplicio nombras delante de quien arde en la del amor?

ADEL: Como una puede conducir a otra...

ZULIMA: ¿Juzgas que he descuidado nuestra seguridad? Ausente el rey, nadie penetra en estas habitaciones. Ramiro se hallará aquí tan aislado, tan ignorado como cuando yacía bajo tu custodia en la mazmorra más profunda de la alcazaba. Además, tú propio me dijiste que si permanecía allí dos días iba a expirar.

ADEL: Verdad te dije: pero harto mejor hubiera sido callar hasta pasado mañana.

ZULIMA: Tú entonces le hubieras acompañado en la tumba.

ADEL: Peligros por un lado, perdición por otro. Está visto que mi suerte se halla enlazada con la de ese buen idólatra: cúmplase lo que está escrito. Tarda mucho en volver en su acuerdo.

ZULIMA: Tarda demasiado. ¿Si te excederías en la dosis del narcótico?

ADEL: No sabemos a qué hora lo tomaría. Yo le descolgué anoche la vasija, pero no le envié gana de beber al mismo tiempo. Y como le tiene tan debilitado la enfermedad... Por la torre de la Caaba, señora, que el objeto de tus bondades más bien debe inspirar lástima que amor.

ZULIMA: Lástima fue la que me condujo a amarle. Veíale yo en el jardín del serrallo cargado de pesados hierros, tal vez insuficientes a sujetar sus brazos indómitos; al pasar delante de mis celosías, notaba yo la palidez de su noble rostro; oía sus suspiros, las palabras incoherentes, únicas con que interrumpía su tétrico y porfiado silencio. ¿Por qué suspiras?, solía yo decirle detrás de los cortinajes de las ventanas. Soy esclavo, me respondió siempre.

ADEL: ¡Cuánto aman los cristianos a su patria!

ZULIMA: Veneno brotan todas tus expresiones, Adel. Pero te engañas, vaso de malicia, te engañas en tus mezquinas sospechas. Ramiro no suspira por una querida; Ramiro no ha tenido amores en su patria; aquel pecho altivo no es capaz de rendirse a un amor ordinario, un amor de cristiana; sólo un amor de África, ardiente como el sol, que hace carbón el cutis, pudiera inflamarle. Ramiro es un caballero de ilustre cuna: bien lo prueba la joya que ocultaba en el seno. Criado en la opulencia, habituado al poder, ¿no ha debido hallar la servidumbre cruelísima, insoportable? Por eso ha hecho tantas tentativas para evitarla.

Segura estoy de que cuando me lean ese lienzo que le hemos hallado, escrito en español con su sangre, o cuando consienta en declarar su cuna, oiremos uno de los apellidos más ilustres de España. ¿No murieron de pesadumbre algunos de los caballeros que aprisionó Yacob en la batalla de Alarcos? ¿No los mató su orgullo? ¿Por qué no ha de ser Ramiro orgulloso como ellos? ¿Por qué más bien ha de ser amante? ¡Desdichado él entonces! ¡Desdichada yo! Si tanta aflicción, tantos esfuerzos por alcanzar la libertad, tanta indiferencia conmigo, tuvieran su origen en el amor, ¿qué amor igualaría al suyo? Ramiro, despierta para calmar mi recelo: dime si quieres que no me amarás nunca, pero júrame que nunca has amado.

ADEL: Yo desearía precisamente lo contrario.

ZULIMA: Tú no le conoces: si llegó a amar una vez, aquel amor llenará toda su vida. (Abre, y registra el cuerpo superior del bufete.)

ADEL: A todo esto, él guarda un silencio que puede significar cualquier cosa.

ZULIMA: Creía tener aquí un espíritu que le hiciera volver. Voy a buscarlo.

(Vase.)

Escena II

ADEL: La princesa cuidará ahora mucho del cautivo; el cautivo conocerá que debe la vida a la princesa; aunque no sea más que por agradecimiento, se rendirá a sus halagos: todos los placeres serán para ellos, y el día del castigo habremos de repartir a tanto por cabeza. Duro es ir por gusto ajeno al precipicio con los ojos abiertos. Pero ¡qué viviente de tan débil instinto es la mujer! ¡Esta Zulima, qué obcecada con el título de reina, ni aun sospecha que haya quien espíe invisible sus pasos, quien interprete sus palabras, y hasta los gestos de su semblante! ¿Si el Amir, por gracia especial, habrá dejado sin ejercicio a sus confidentes africanos? (Abrese la puerta pequeña de la izquierda y aparece ZEANGIR.) Ya veo que no.

Escena III

ZEANGIR: . ADEL.

ZEANGIR: Os he escuchado.

ADEL: Nos habrás oído...

ZEANGIR: Todo.

ADEL: Y ¿podrás responderme...?

ZEANGIR: A nada. (Dirígese al bufete y lo examina como quien busca alguna cosa y no la halla; llégase a la cama, toma con viveza un lienzo que hay sobre ella escrito con sangre, y lo lee para sí con admiración.)

¡Qué es lo que descubro! (Aparte.)

ADEL: (Aparte.) Hoguera tendremos. (A ZEANGIR.) Dime a lo menos qué ha escrito ahí ese infiel. Deseo saber qué noticias da el cautivo de su persona. Hay quien le crea un príncipe, y yo le tengo por un jayán. Él rompía las más fuertes cadenas, él escalaba las paredes del baño, y jamás trató de rescatarse mediante una buena suma. De aquí infiero yo que es más rico en fuerzas que en oro. El contenido de ese lienzo no exigirá tanto secreto... y en todo caso, carcelero soy; he visto expirar a muchos por habladores, y estoy harto persuadido de la utilidad de ser mudo.

ZEANGIR: Ésa es tu obligación, ser mudo; sobre todo con Zulima. (Deja sobre la cama el lienzo, y se encamina a la puerta por donde salió.)

ADEL: ¿Y estoy relevado del encargo de obedecerle?

ZEANGIR: Mañana ya habrá cesado ese deber.

ADEL: ¿Y hoy?

ZEANGIR: Puedes servirla. Olvida que me has visto... cuida mucho de la vida de ese cristiano. (Vase.)

ADEL: ¡Que cuide de él! No dijera más Zulima. Que me empalen si entiendo algo. Por fortuna, para obedecer no es necesario penetrar: cúmplase lo que está escrito.

Escena IV

ZULIMA: . ADEL.

ZULIMA: Encarga que busquen entre los cautivos del baño algún alfaquí nazareno que nos sepa descifrar eso. (Señalando el lienzo.)

ADEL: Venga, y lo llevaré.

ZULIMA: Podrá echarlo menos Ramiro. A la noche, durante su sueño, se leerá sin que él lo note. Marcha.

ADEL: De aquí a la noche puede darte Ramiro cuantas noticias solicites. (Aparte.) Pretexto para echarme fuera. (Vase.)

Escena V

ZULIMA: . MARSILLA.
ZULIMA: Su pecho empieza a latir.
ZEANGIR: Ya es tiempo: así que perciba...
(Aplícale un pomito a la nariz.)
MARSILLA: ¡Ay!
ZULIMA: Volvió.
MARSILLA: (Incorporándose.)¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.
ZULIMA: (Corriendo las cortinas de la ventana.)
De aquella horrible mansión
el triste a las sombras hecho...
MARSILLA: No es esto piedra: -es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prisión?
Señora... (Reparando en ZULIMA.)
ZULIMA: Por orden mía,
en medio de tu letargo
te trajeron, y a mi cargo
estás aquí.
MARSILLA: ¡Todavía
esclavo!
ZULIMA: Cese tu afán.
Serás libre.
MARSILLA: ¿Dónde estoy?
¿Quién eres?
ZULIMA: ¿Quién? -Hija soy...
del alcaide...
MARSILLA: ¡De Merván!
(Dirige una ojeada rápida alrededor de sí; ve sobre la cama el lienzo ensangrentado, y lo esconde.)
ZULIMA: Sí, pero aunque soy mujer,
mi voz el valor disfruta
de ley... y nada ejecuta
Merván sin mi parecer.

Ausente el rey de Valencia,
de este alcázar la señora
soy yo, es Zoraida.
MARSILLA: (Aparte.) ¡Traidora!
¿Si han leído?... ¡Qué imprudencia!
Yo sus secretos contemplo (A ZULIMA.)
que Merván fía de ti.
ZULIMA: No los tiene para mí.
Tú debes seguir su ejemplo.
MARSILLA: Es cómplice. (Aparte.)
ZULIMA: La inquietud
deja; tu mal cede ya;
pronto te arrebolará
el carmín de la salud.
MARSILLA: Mi dolencia necesita
un remedio...
ZULIMA: Dilo. ¿Cuál?
MARSILLA: Beber el agua natal.
ZULIMA: No habrá medio que se omita,
con tal que a tu dicha cuadre.
La libertad, un tesoro
te ofrezco...
MARSILLA: Me basta el oro
que me ha quitado tu padre.
Robóme hacienda y ventura
cuando apresó mi navío.
ZULIMA: Yo satisfacerte fío
la pérdida con usura.
MARSILLA: ¿Vienes, mujer celestial,
a dar a mis males fin?
¿Eres algún Serafín
en figura de mortal?
Si cabe que satisfaga
tan inestimables bienes...
ZULIMA: Mujer soy; la prueba tienes
en que reclamo una paga.
MARSILLA: Si mi eterna gratitud...
ZULIMA: Quiero más.
MARSILLA: Nada poseo...
ZULIMA: (Reparando en una joya que tiene MARSILLA al cuello, pendiente de un cordón.)

¿Ese talismán que veo
no tiene alguna virtud?
MARSILLA: La tienen... para un cristiano.
ZULIMA: ¿Y a mí me podrá dañar?
Déjamela examinar,
si acaso no lo profano.
MARSILLA: (Dando la joya a ZULIMA.)
Toma, Zoraida; te entrego
mi único bien, pues al cabo,
siendo como soy esclavo,
mal haré si te lo niego.
ZULIMA: Y mal haré yo también
si te creo agradecido,
porque mucho te ha dolido
perder tan pequeño bien.
MARSILLA: Por ti vertiera contento
mi sangre; mi alma te cede
toda la parte que puede
dar el agradecimiento;
¡y ojalá parte mayor
te pudiera conceder!
ZULIMA: Eso es mucho agradecer.
¿Quisieras tenerme amor?
Tú pensaste, a lo que entiendo,
que yo afición te tenía.
Menos vano te creía;
mas no por eso me ofendo.
MARSILLA: Yo en ti no miro una dama,
miro una divinidad
que halla su felicidad
en los dones que derrama;
y aquella retribución
que indicaste...
ZULIMA: Es bien ligera:
la noticia verdadera
de tu nombre y condición.
Los cautivos encubrís
cosas que quiero me fíes.
¿No son tus deudos Valíes
y Jeques en tu país?

Decláralo, que no soy
codiciosa de rescates,
ni eso añadirá quilates
al valor que yo te doy.
MARSILLA: Siempre fue avara y cruel
la fortuna con mi casa.
ZULIMA: ¡Ella de haber tan escasa,
y tú dueño de un bajel
de oro cargado...!
MARSILLA: ¡Ah, señora!
si me hubiera la fortuna
mecido en dorada cuna,
no fuera tu esclavo ahora.
Mi apacible natural
no se hubiera hecho violencia
para buscar la opulencia
en la carrera marcial.
ZULIMA: En cada voz tuya miro
doble misterio encubierto:
declarate más. ¿No es cierto
que no es tu nombre Ramiro?
MARSILLA: Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dio,
ciudad que ayer se fundó
del Turia en la fresca orilla,
cuyos muros entre horrores
de guerra atroz levantados,
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores.
Al darme el humano ser,
quiso sin duda el Señor
destinar al fino amor
un hombre y una mujer,
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dio un alma en dos partida,
y dijo: Vivid y amad.
A esta voz generadora
ISABEL: y yo existimos,
y la luz del cielo vimos

en un día y una hora.
Desde los años más tiernos
fuimos rendidos amantes,
desde que nos vimos, antes
nos amábamos de vernos;
y parecía un querer
tan firme en almas de niño,
recuerdo de otro cariño
tenido antes de nacer.
Ciegos ambos para el mundo,
que tampoco nos veía,
nuestra existencia corría
en sosiego tan profundo,
en tanta felicidad,
que mi limitada idea
mayor no alcanza que sea
la gloria en la eternidad.
Mas dicha de amor no dura.

ZULIMA: No, en verdad: sigue; te escucho.
Me has interesado mucho.

MARSILLA: Pasó el tiempo de dulzura,
llegó el de pena mortal,
supe qué eran celos...

ZULIMA: ¡Oh!
¡pena atroz!, ¡bien lo sé yo!

MARSILLA: Tuve un rival...

ZULIMA: ¿Un rival?

MARSILLA: Opulento...

ZULIMA: ¿Eso más?

MARSILLA: Hizo
alarde de su riqueza...

ZULIMA: ¿Y sedujo a tu belleza?

MARSILLA: Poco del oro el hechizo
puede en quien de veras ama;
mas su padre deslumbrado...

ZULIMA: Dejó tu amor desairado
y dio a tu rival la dama.

MARSILLA: Le vi, mi pasión habló,
su fuerza exhalando toda,
y suspendida la boda,

un plazo se me otorgó.
ZULIMA: ¿Cómo?
MARSILLA: Si me enriquecía
en seis años...
ZULIMA: ¿Han cumplido?
MARSILLA: Ya ves que no he fallecido.
ZULIMA: ¿Terminan...?
MARSILLA: Al sexto día.
ZULIMA: ¡Tan pronto!
MARSILLA: Oro me faltaba;
vuestro Miramamolín
todo el cristiano confín
entonces amenazaba.
No podía consagrar
mi brazo a causa mejor,
y animaba mi valor
la esperanza de medrar.
Con licencia de mi hermosa
seguí a Castilla a mi rey,
y combatí por mi ley
en las Navas de Tolosa.
ZULIMA: ¡Lugar maldito del cielo
donde la negra fortuna
postró de la media luna
la pujanza por el suelo!
MARSILLA: La destreza que tenía
en el bélico ejercicio,
bien que el matar por oficio
repugnase al alma mía,
distinguió allí mi persona,
y rico botín me dio;
mas ¡ay! todo pereció
en la orilla del Garona.
Sobre el cadáver caí
del rey, peleando fiel,
en la rota de Maurel;
preso me hicieron, huí,
llegué a la Siria; un francés
albigense refugiado,
a quien había salvado

la vida junto a Beziés,
los restos de su opulencia
me legó al morir: a España
tornaba... mi suerte extraña
siervo me trajo a Valencia.
Tal vez mi mano quebró
de mis cadenas el hierro...
En vano, que en un encierro
vivo se me sepultó.
Postrado al fin y vencido
en la lucha desigual
que contra el genio del mal
tanto tiempo he sostenido,
tú mis sueños apacibles
vienes a resucitar,
tal vez para despertar
a realidades terribles.

ZULIMA: No de males adivino
quieras en tu daño ser;
te va la suerte a poner
en la mano tu destino.
Ya que de tus aventuras
me has referido la historia,
toma bien en la memoria
mis amantes desventuras.
Un cautivo aragonés
vino al jardín del serrallo:
sus prendas y nombre callo;
no quiero ser descortés.
Le vi, le amé; no con leve,
con devorante pasión:
brasa es nuestro corazón,
el de las cristianas nieve.
Debió a tentativas locas
de fuga, mortal sentencia:
mi amorosa diligencia
librole veces no pocas.
Sálvole por fin del trato
de rígido carcelero,
declárole que le quiero...

¿qué piensas que hizo el ingrato?
MARSILLA: ¿Su creencia te alegó...?
ZULIMA: Sí, pero en mi desvarío
le dije: tu Dios es mío,
mi Dios en ti veré yo.
MARSILLA: Si antes alguna española
mereció su tierna fe...
ZULIMA: Quiere a tu dama, exclamé,
no exijo que me ames sola:
pero que al menos te deba
piedad mi amor. ¿No dispuso
entre vosotros el uso
tener esposa y manceba?
De este título afrentoso
verás que ufana me precio:
¿qué importa injusto desprecio,
si es el corazón dichoso?
Por orgullo solamente
prendarte de mí debieras.
Dime: ¿no te envanecieras
de ver de tu voz pendiente
una mujer, una esclava,
que, con razón o sin ella,
del amor la rosa bella
la lisonja apellidaba?
¿Qué puede más opulento
hacerte que lo es aquí
del reino el primer Valí?
¿Qué para dar más aumento
de tu esposa a la hermosura,
desde el cabello a la planta
la cubra de joya tanta
de tan superior finura,
que cuando en bizarra lidia
entre reinas se presente,
se pinten en cada frente
la admiración y la envidia?
Diamantes tengo, y no son
quizá los de más valía,
que pagarme no podría

el tesoro de Aragón.
Medítalo bien, y sabe
que frenético mi amor
será el frenesí mayor
de mi venganza, si cabe.

MARSILLA: ¡Infeliz!

ZULIMA: Menos te pido:
dile a mi cariño ciego:
«espera», y mátame luego.
¿Qué hubieras tú respondido?

MARSILLA: Que mereces compasión.
Mas cuando ya en la niñez
nacida, creció a la vez
con el cuerpo la pasión,
cuando es para la existencia
tan necesario elemento
como el sol y como el viento,
cuando resiste a la ausencia,
no puede amante ninguno
hacer tan atroz engaño,
porque de terrible daño
temor le acosa importuno.
Témese que tal falacia
vengue el objeto querido
con su cólera o su olvido,
que es la postrera desgracia.
Burlando que le dijera

ISABEL: a otro: «Te quiero»,
la matara con mi acero...
¡Oh! no, yo sí que muriera.
Para mi felicidad
Dios un camino trazó,
donde años ha me paró
la cruel adversidad.
Si me envía un salvador,
derecho habrá de guiarme,
y al que quiera extraviarme,
diré: «Aparta, tentador».

ZULIMA: Pues a tu Dios nada más
luego en tu miseria clama:

despídele de tu dama,
porque nunca la verás.
¡Oh rabia! Alá me destruya
si tolero mi baldón.
¡Tan infeliz situación,
y tal soberbia la suya!
¡Pone mi afición sumisa,
pone a un mísero cristiano
un corazón en la mano,
y le arroja, y me le pisa!
¿Sabes hasta donde alcanza
mi cólera y mi poder?
Pronto ha de hacértelo ver
con estragos mi venganza.
Me debería escupir
en la faz, si no me vengo,
la última sierva que tengo.
¡Cristiano! vas a morir.
¡Impune jamás humilla
nadie un corazón altivo!
Esto le dije al cautivo:
esto le digo a Marsilla.

MARSILLA: ¿Y piensas que le amedrente
morir? ¿Acabar sus males?

ZULIMA: Pues entre angustias mortales
padecerás largamente:
volverás a tus cadenas
y a tu negro calabozo;
y allí yo con alborozo
que más encone tus penas,
la nueva te llevaré
de ser Isabel esposa.

MARSILLA: ¿Y en prisión tan horrorosa,
cuántos días viviré?

ZULIMA: ¡Rayo del cielo! el traidor
todo mi poder derrumba;
defendido con la tumba,
se ríe de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel

me han de traer a Isabel...
MARSILLA: ¿Quién eres tú para tanto?
ZULIMA: Tiembla de mí.
MARSILLA: Furia vana.
ZULIMA: No es Zoraida la que ves,
no es hija de Merván, es
ZULIMA: .
MARSILLA: ¡Tú la sultana!
ZULIMA: La reina.
MARSILLA: (Dándola el lienzo ensangrentado.)
Toma, con eso
correspondo a tu afición:
entrega sin dilación
a hombre leal y de seso
el escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.
ZULIMA: ¡Cómo! ¿Qué riesgo...?
MARSILLA: A Valencia
llega tu esposo...
ZULIMA: ¿Cuándo?
MARSILLA: Hoy;
y esta noche tú y él y otros
de la traición al puñal
perecéis.
ZULIMA: ¿Qué desleal
conspira contra nosotros?
MARSILLA: Merván, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
mi labio el secreto calla
y el fin os llega funesto.
ZULIMA: ¿Cómo tal conjuración
a ti...?
ZULIMA: Delirante ayer
la puerta hube de romper
de mi encierro; la prisión
recorro, oigo hablar, atiendo...
Junta de aleves impía
era, y Merván presidía.
Pérfido aviso creyendo,
tu esposo hoy a la ciudad

venir debiera. Salvarle
resuelvo para obligarle
a ponerme en libertad,
y con roja tinta humana
y un pincel de mi cabello
la trama en un lienzo sello,
y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente día
pensaba el útil aviso
en la cesta que el preciso
sustento me conducía.
Vencióme tenaz modorra,
más fuerte que mi cuidado:
desperté maravillado
fuera ya de la mazmorra.
Como admitas mi consejo,
sin sangre te salvaré;
de premio no te hablaré;
a tu justicia lo dejo.
Llama a un Visir sin tardanza,
y oiga el plan que concebí;
y tú recibe de mí
esta lección de venganza.

Escena VI

ADEL: . DICHOS.
ADEL: Señora, en Valencia está
el rey.
ZULIMA: ¡Destino feroz!
MARSILLA: Mira si mintió mi voz.
ADEL: En la alcazaba hace ya
tiempo que entró con sigilo.
Si viene, si ve al esclavo...
ZULIMA: ¡Llegó mi mal a su cabo!
ADEL: Tu vida pende de un hilo:
dispón...
MARSILLA: Basta el apartarme
de aquí. Fía de mi labio:

yo sé olvidar un agravio.
ZULIMA: Te admiro. (Aparte.) Puedo salvarme.
Condúcele por aquí. (A ADEL.)
(Abre ZULIMA una puerta disimulada en el muro detrás de la cama.)
Fuera del harem un lecho
le darás.
ADEL: Pronto. (A MARSILLA.)
(MARSILLA sale de la cama, y apoyado en ADEL, se entra por la puerta secreta.)
MARSILLA: (Al entrarse.) En mi pecho
no hay odio.
ZULIMA: (Sola.) En el mío sí.
¡Va a ser feliz con su amada,
y yo a expiar mi delito!
¡No!
(Abre el cuerpo superior del bufete, y toma de allí un frasquito prolongado, cuyo tapón es un mango como de puñal, y, tiene por hoja una aguja o punzón delgado.)
Con un golpe lo evito
de esta aguja emponzoñada.
El hierro es sutil, violencia
tiene el veneno terrible;
será la herida invisible.
Que expiró de su dolencia,
a pesar de mis desvelos,
diré. Calle la piedad:
sangre mi seguridad,
sangre me piden mis celos.
(Vase por la puerta que abrió.)

Escena VII

ZEANGIR: . SOLDADOS MOROS. UN VERDUGO. UN BARQUERO.
(Salen por la puerta de la izquierda)
ZEANGIR: Esa pérfida belleza (A los SOLDADOS.)
conducid a una prisión.
Corta a Merván la cabeza. (Al VERDUGO.)
y cuélgala de un balcón.
Tú esta noche has de llevar (Al BARQUERO.)
un féretro a sumergir,
y aunque en él oigas gemir,

lo arrojarás a la mar.

ACTO II

Sala en casa de DON PEDRO DE SEGURA

Escena I

DON PEDRO. MARI-GÓMEZ.

MARI-GÓMEZ: Señor, señor.

PEDRO: ¿Qué ocurre, Mari-Gómez?

MARI-GÓMEZ: Que ya vienen a visitaros.

PEDRO: Pronto, por Dios. ¡Apenas he abrazado a mi hija y a mi mujer, y ya me acosan visitas! Pues hoy perdonen, que quiero descansar en el seno de mi familia. Di a quien sea que mañana recibiré la bienvenida de todo Teruel.

MARI-GÓMEZ: ¡Y cómo que decís bien! Déjennos hoy en paz: requiescant in pace; mañana tendrán todo el día por suyo. A solis ortu usque ad ocasum. Desde que dé el sol en el huerto, hasta que se vaya de la casa. Así decía el padre vicario del convento en que estuve de novicia. Cuanto y más que el que viene a veros es allá... don Martín de Marsilla.

PEDRO: ¡Marsilla! Eso es distinto. Que pase adelante. Jamás me escondo yo de un enemigo.

MARI-GÓMEZ: ¡Ay! eso sí que no lo hubiera dicho el padre vicario.

(Vase.)

Escena II

DON PEDRO.

DON PEDRO Querrá que nuestro desafío se verifique al momento. Tiene razón. El altercado fue al tiempo que partimos don Rodrigo de Azagra y yo a Monzón en servicio del joven rey contra los infantes don Sancho y don Fernando. Se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martín ha estado enfermo, y creo que se hallaba aún convaleciente. ¡Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con la mía: bastante ventaja tengo con la que me da la razón.

Escena III

DON MARTÍN. DON PEDRO.

MARTÍN: Don Pedro Segura, seáis bien venido.
PEDRO: Noble don Martín Garcés de Marsilla,
salud os deseo: tomad esta silla,
que me habéis hallado desapercibido.
(Cíñese la espada, que estaba sobre una mesa.)
De vuestra dolencia nuevas he tenido.
¿Cómo estáis?
MARTÍN: Del todo repuesto.
PEDRO: No sé...
MARTÍN: Domingo Celada...
PEDRO: ¡Fuerte hombre es a fe!
MARTÍN: Pues siempre a la barra le gano el partido.
PEDRO: Así os quiero yo. Conmigo venid:
vamos a la orilla del Guadalaviar.
MARTÍN: Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.
PEDRO: Hablemos sentados. Ea pues, decid. (Siéntanse.)
MARTÍN: Fue de nuestro duelo causa...
PEDRO: Permitid
que yo os la recuerde. Vuestro labio dijo
que por mi codicia llorabais un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.
MARTÍN: ¿Me juzgáis cobarde?
PEDRO: Si creyera tal,
don Pedro Segura con vos no lidiara.
MARTÍN: Jamás al peligro he vuelto la cara.
PEDRO: Sí, nuestro combate puede ser igual.
MARTÍN: Será por lo mismo...
PEDRO: Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.
MARTÍN: La muerte me toca, la venganza a vos.
Matadme: ya espero el golpe fatal.
(Arroja la espada, y dobla una rodilla delante de DON PEDRO.)
La espada y la vida os rindo.
PEDRO: ¿Qué hacéis?
Mi acero no corta en quien se arrodilla.
MARTÍN: Vuestro honor la sangre pide de Marsilla:
tomadla.
PEDRO: En el campo me la venderéis.
Vos el desafío provocado habéis.
MARTÍN: Media un beneficio: caballero soy.

PEDRO: ¡Vos de mí obligado! Sorprendido estoy.
MARTÍN: Escuchadme, y luego vos decidiréis.
Tres meses hará que en lecho de duelo
me postró la mano que todo lo guía:
del riesgo asustada la familia mía,
quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
La ciencia, o la gracia que tiene del cielo,
cada día admira toda la ciudad,
desde que, ministra de la caridad,
a la muerte roba mil vidas su celo.
Contra vos airado, neguéme a atender
aviso que daba piadosa inquietud.
«No quiero, decía, cobrar la salud,
si a mano enemiga la voy a deber.»
Mi tesón crecía con mi padecer;
la muerte se puso a mi cabecera...
Por fin, una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
pedía un cuchillo con furia tenaz;
reía el infierno de ver mi despecho...
En esto a mis puertas, y luego a mi lecho,
llegó un peregrino, cubierta la faz.
Ángel parecía de salud y paz.
Me habla, me consuela; benigno licor
a mi labio pone; me alivia el dolor,
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, acercóse aquí,
y entró en esa ruina de gótica ermita
que a vuestros jardines términos limita.
Quitóse ya el velo que inútil creyó:
yo miré; la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.
PEDRO: ¡Era Margarita!
MARTÍN: La misma. Pasmado, de mi bienhechora
la heroica modestia allí respeté:
no me eché a sus plantas ni entonces hablé,
porque me propuse declararme ahora.
Don Pedro Segura, marcada mi hora,

vuestra esposa vino y el golpe paró:
mirad, siendo noble, como puedo yo
contra vos la espada sacar matadora.

PEDRO: ¡Qué de bien os debo! ¡El duelo excusar
con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallasteis como caballero,
cuidado me daba el ir a lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de temblar
de perder la vida que lleva dichosa?
Ella me será desde hoy más preciosa,
si ya vuestro amigo queréisme llamar.

MARTÍN: Amigos seremos. (Danse las manos.)

PEDRO: Siempre.

MARTÍN: Siempre, sí.

PEDRO: Y decid... ¿qué nuevas tenéis de don Diego?
En hora menguada me sedujo el ruego
de Azagra, y la triste palabra lo di.
Si antes vuestro hijo se dirige a mí,
¡cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTÍN: Yo su nombre santo
bendigo, mas lloro por lo que perdí.

PEDRO: ¿Pero qué...?

MARTÍN: Después de la de Maurel,
donde cayó en manos del conde Simón,
de nadie consigo señal ni razón,
por más que anhelante pregunto por él.
Cada día al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
vivo le sostiene o muerto lo encierra:
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO: El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante, le basta al Eterno:
y holgárame mucho si fuera mi yerno
quien a mi Isabel tan fino quería.
Pero si no viene, y cúmplese el día,
y llega la hora... ¿cómo...? Bien me pesa;
mas estoy sujeto con una promesa:
si fuera posible no la cumpliría.

MARTÍN: Diligencia escasa, fortuna severa

parece que en suerte a mi sangre cupo:
quien a la desgracia sujetar no supo,
muéstrese sufrido cuando ella le hiera.
A Dios.

PEDRO: No han de veros de aquesa manera.
(Levanta la espada de DON MARTÍN, que aún permanece en el suelo, y le da la suya propia.)
Vuestra espada admito; la mía tomad
en prenda segura de fiel amistad.

MARTÍN: Acepto: un monarca llevarla pudiera. (Vase.)

Escena IV

MARGARITA: . DON PEDRO.

MARGARITA: Don Pedro, don Pedro, ¿qué os quería el padre de Marsilla? ¿Ha venido ya a desafiaros?

PEDRO: No, sino a entregarme su espada. Esta es.

MARGARITA: Con que ¿estáis reconciliados?

PEDRO: Amigos.

MARGARITA: Bendita sea la bondad de Dios.

PEDRO: ¿No sospechas a quién deberemos tan feliz mudanza?

MARGARITA: Al autor de todo bien.

PEDRO: A él primero, después a ti.

MARGARITA: ¡A mí!

PEDRO: El doctor peregrino se descubrió en las ruinas antes de tiempo, y le vieron el rostro.

MARGARITA: ¿Me vio Marsilla? ¿Si creería que fue un artificio...? Crea lo que quiera: nada importa si he librado de un peligro a mi esposo.

PEDRO: Ven a mis brazos, mi bien, mi orgullo, mi ángel tutelar. Contigo, ¿qué necesito yo? Sólo que me ames, que me honres siempre como ahora. Si algún día cesare este afecto puro y tranquilo que hoy hace mi felicidad, ocúltame tu indiferencia, fascíname, para excusarme que desee la muerte.

MARGARITA: ¡Oh! no, esposo, no; yo no soy digna de tanto amor: besaré el polvo de tus plantas. (Se arrodilla.)

PEDRO: ¿Qué haces? Levanta, que vienen.
(MARGARITA al alzarse besa la mano a su esposo.)

Escena V

ISABEL: , con un canastillo de ropa. DICHOS.

ISABEL: Un escudero de don Rodrigo de Azagra os quiere dar un recado de su amo.

PEDRO: ¡Ah! Sí: deseará veros a hija y madre. Al cabo de un año de ausencia, es muy natural... No me ha hablado sino de ti (A ISABEL.) desde que salimos de Monzón; y a no haberle detenido sus amigos, aquí se hubiera apeado antes de llegar a su casa. Voy a responderle.

(Vase.)

Escena VI

MARGARITA: . ISABEL.
ISABEL: Señora madre, aquí está
la ropa ya aderezada.
MARGARITA: Ponedla allí: la criada
el lecho acomodará.
(ISABEL lleva el canastillo a la alcoba.)
ISABEL: ¿Daisme labor?
MARGARITA: Vuestro aliño
debe ocuparos: sabéis
la visita que tendréis.
ISABEL: ¡Dios mío! (Aparte.)
MARGARITA: Bien el cariño
de don Rodrigo merece
de vos un honesto aseo.
ISABEL: Obedeceré.
MARGARITA: Yo creo
que su vuelta os entristece.
ISABEL: Ella la quietud escasa
me arrebata que tenía.
MARGARITA: Ya de lo justo, hija mía,
despego tan fuerte pasa.
Si quiere la Providencia
que seáis de don Rodrigo...
ISABEL: Muestre su piedad conmigo,
venciendo mi resistencia.
MARGARITA: A vos sujetar os toca
del odio la injusta furia,
pues a un caballero injuria
que os hace merced no poca.
Noble sois a la verdad;
es quien su amor os consagra
es don Rodrigo de Azagra,
que goza más calidad.

Joven, galán, cortesano,
con valor y con riqueza,
¿qué desdeñosa belleza
le rehusara su mano?
Siempre el honor es su norte,
su ingenio todo lo abarca,
le quiere el joven monarca,
le envidia toda la corte;
y habéis de ver cómo al fin,
del rey al potente arrimo,
se alza al poder de su primo
el señor de Albarracín.

ISABEL: Ese retrato es hermoso,
pero poco parecido.

MARGARITA: Vuestro padre le ha creído
digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
no es lícito a una doncella,
pues entonces atropella
los derechos de su padre.
A él le toca la elección
de esposo para su hija,
y a ella a quien su padre elija
darle mano y corazón.
Hoy día, Isabel, así
se conciertan nuestras bodas;
así nos casan a todas,
y así me han casado a mí.

ISABEL: ¿Y podréis sin inquietud
sacrificarme a un abuso,
lazo pérfido que puso
el infierno a la virtud?
¿Qué ventaja viene a ser
casarme con don Rodrigo?
Lo que en hacienda consigo,
se me desquita en placer.
¿Qué espero de una afición
que de un capricho nacida,
por la vanidad nutrida,
maduró la obstinación?

¿Imagináis que él me ama?
Pues abrigáis un error:
lo que él dice que es amor,
envidia, orgullo se llama.
A este hombre darme pensáis.

MARGARITA: Yo no dispongo de vos.

ISABEL: Pero decidme por Dios,
¿de parte de quién estáis?
¿Aprobáis mi boda o no?

MARGARITA: ¿Qué vale mi parecer?
Yo tengo que obedecer
a quien manda más que yo.

ISABEL: ¡Ah! si hallan los males míos
en vos consuelo...

MARGARITA: No más:
no me recordéis jamás
vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISABEL: En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)

MARGARITA: ¡Qué! ¿Lloráis?

ISABEL: Aún no me fue
vedado este desahogo.

MARGARITA: Isabel, si no os escucho,
no me acuséis de rigor:
yo temo vuestro dolor,
porque os compadezco mucho.
No dio a mi cuerpo aspereza
la túnica penitente,
resuena en él fuertemente
la voz de naturaleza.
Al Señor con fe sencilla
vuestro llanto consagrad.
Infinita es su piedad.
Aún puede volver Marsilla.

ISABEL: ¡Ah! vos le nombráis. (Arrebatada.)

MARGARITA: Me asombro
de vos, Isabel, me espanto.
¿Debéis agitaros tanto
sólo porque yo le nombro?

Puede volver, es verdad;
mas siendo cosa indecisa,
conviene esperar sumisa
la divina voluntad,
y no con mano imprudente
profundizar una llaga,
cuyo dolor, aunque halaga,
mata por fin al paciente.

ISABEL: ¡Símiles a quien delira!

MARGARITA: Deliráis... porque queréis.

ISABEL: ¡Ah qué injusticia me hacéis!
¡Ojalá fuese mentira!
Bien, señora, se me alcanza
lo que exige la obediencia,
mi estado, mi conveniencia,
y, en fin, mi poca esperanza.
Muerto es mi adorado ya:
cuatro años ha que no escribe.
Mas ¿qué digo?, vive, vive,
¡pero cómo vivirá!
Quizá suspira en Sión
al compás de las cadenas,
quizá gime en las arenas
de la líbica región.
Con aviso tan funesto
no habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
y sin cesar pienso en esto.
Hasta llegué a pretender
olvidarle, imaginando
que infiel estaba gozando
caricias de otra mujer.
Hasta he juzgado posible
estimar a su rival,
ser a mi amor desleal,
y ser al suyo sensible.
Interesada la gloria
de Dios que invoqué en mi ayuda,
no tuve siquiera duda
de conseguir la victoria.

Pero cuando más ufana
estaba de mi firmeza,
cansábase de grandeza
la debilidad humana,
y ante el recuerdo sencillo
de una mirada, un halago,
hundíase con estrago
de la virtud el castillo,
y en sus ruinas vencedor,
con risa maligna y fiera,
tremolaba su bandera
a mis ojos el amor.
Yo entonces al heroísmo
nombre daba de falsía,
rabioso llanto vertía,
y antes de bajar al abismo
juraba en mi frenesí,
que unirme al hombre fatal
que lanzó el genio del mal
del infierno contra mí.

MARGARITA: Por Dios, por Dios, Isabel,
moderad ese delirio:
vos no sabéis el martirio
que me hacéis pasar con él.

ISABEL: ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
el corazón de veneno,
¿no ha de salir a la orilla?
No a vos, a la piedra inerte
de esa muralla desnuda,
a esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte,
a este suelo donde mella
pudo hacer el llanto mío,
a no ser tan duro y frío
como alguno que lo huella,
a estos objetos invoco
para confiar mi afán,
que si alivio no me dan,
no me afligirán tampoco.

MARGARITA: ¿Quién con ánimo sereno
la oyera? El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga,
ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
la faz severa que ves;
ella una máscara es
que el pesar puso a mi frente;
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno, indulgente amor
de una madre verdadera.
ISABEL: ¡Madre mía! (Abrázanse.)
MARGARITA: Mi ternura
te oculté con harta pena;
pero mi Dios me condena
a nutrirme de amargura.
Yo hubiera en tu amor filial
gozado, y gozar no debo.
ISABEL: ¿Vos? ¡Ah!
MARGARITA: Por mis culpas llevo
el cilicio y el sayal.
Con mi halago recelé
dar a tu amor incentivo,
y sólo por correctivo
dureza te aparenté;
mas oyéndote gemir
cada noche desde el lecho,
oyendo que en tu despecho
me llegaste a maldecir,
yo al Señor, de silencioso
materno llanto hecha un mar,
ofrecí mil veces dar
mi vida por tu reposo.
ISABEL: ¡Cielos! ¡Qué revelación
tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¡Que tanto me habéis querido!
¡Madre de mi corazón!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
siento, aunque llorar me veis!

Seis años ha, más de seis,
que tanta dicha no gozo.
Cuánto padezco mirad,
pues ya como dicha cuento
que mis penas un momento
suspendan su intensidad.
Pero este rayo de vida
que me deslumbra fugaz,
¿será una madre capaz
de escondérmele en seguida?
Madre, madre a quien adoro,
el labio os pongo en el pie:
mi aliento aquí exhalaré
si no cedéis a mi lloro. (Póstrase)

MARGARITA: Levanta, Isabel, enjuga
tus ojos; confía: sí,
cuanto dependa de mí...

ISABEL: Ya veis que en rápida fuga
el tiempo desaparece.
Si pasan tres días, ¡tres!,
todo me sobra después,
toda esperanza fallece.
Incapaz de consultar
mi padre con mis enojos,
pondrá a su fe por despojos
mi albedrío en el altar.
Vuestras palabras imprimen
en su alma la persuasión.
En mí toda reflexión
fuera desacato, crimen.
Sepa de vos que sin duda
peligro corre mi honor,
si contra un perseguidor
su defensa no me escuda.
Que algo se debe a la prenda
que vuestro amor estrechó,
ya que el cielo os otorgó
sangre pura y rica hacienda.
Que no se sujete al yugo
de ese qué-dirán tirano;

más vale ser padre humano,
que padre hacerse verdugo:
y yo, señora, lo veo,
podrá llevarme a casar,
pero en vez de preparar
las galas del himeneo,
que a tenerme se limite
una cruz y una mortaja,
que esta gala y esta alhaja
será lo que necesite.

MARGARITA: Mis esfuerzos te consagro;
pero aunque yo los aumente,
grande es el inconveniente,
vencerle será milagro.
El carácter se te oculta
de la edad en que naciste;
tú en otra vivir debiste
más inocente o más culta.
En este siglo de acero,
en que al salir a la tierra
saluda al noble la guerra,
la servidumbre el pechero,
y por gracia a la mujer
se la considera en suma
cual ave de hermosa pluma
destinada a entretener,
amistad, sangre y amor,
todo humano sentimiento
se sacrifica al sangriento
ídolo llamado honor.
Según su alcorán decreta,
mengua es enmendar lo errado,
es vil el escarmentado
que imposibles no acometa,
y se admira a quien del dicho
a la ejecución pasó
en empresas que dictó
la imprevisión o el capricho.
Yo al corazón de mi esposo
debo arrancar la corteza

que le puso de dureza
ese código horroroso,
y el afecto natural
restablecer primitivo,
veinte años ha fugitivo,
al estrépito marcial.
Si con el habla se aprende,
si el honor es religión,
¿no ha de temer con razón
quien luchar con él pretende?

ISABEL: ¡Y qué! De vuestra virtud,
¿nada servirá el influjo?
¿Qué milagros no produjo
ya vuestra solicitud?
Por eso adoran en vos
mi padre y toda Teruel.
¡Ah! Si vos le rogáis, él
pensará que le habla Dios.
Quien tan solícito anda
buscando vuestro placer,
¿os ha de desatender
a la primera demanda?
Sí, madre, haceos justicia,
y emplead al punto, ahora,
esa magia seductora
que la voluntad desquicia.
Mirad que vais a abogar
por mi eterna salvación:
mis bodas de maldición
crímenes van a engendrar.
Si soy de Azagra y no muero,
no traigas, o Providencia,
no pongas en mi presencia
al que sabes cuánto quiero,
o en tu justo tribunal
no me acrimines si al cabo,
en las entrañas me clavo
desesperada un puñal.

MARGARITA: No, no, Isabel; cesa, cesa;
yo mi palabra te empeño,

no será Azagra tu dueño,
yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
horrores evitará.
Hoy madre tuya será
quien no lo fue tantos años.

Escena VII

MARI-GÓMEZ: . DICHAS.

MARI-GÓMEZ: Don Rodrigo, don Rodrigo, señoras.

MARGARITA: ¡Don Rodrigo!

ISABEL: ¡En qué estado nos sorprende!

MARI-GÓMEZ: Pues, sin vestir, sin peinar... Por más que me he estado matando... Vamos corriendo al camarín.

MARGARITA: Sí; retiraos, vestíos, y procurad calmar vuestra agitación.

ISABEL: Madre mía, no os olvidéis de mí. (Vase.)

MARGARITA: Que venga.

MARI-GÓMEZ: Voy. (Hace que se va y vuelve.) Mirad que he de plantar a Isabel el vestido que yo guste. Las vírgenes discretas se pusieron la saya dominguera y encendieron las lámparas cuando vino el esposo.

MARGARITA: Pero id, Mari-Gómez...

MARI-GÓMEZ: Así lo dijo el Señor en la parábola... en la parábola de las novias. (Vase.)

Escena VIII

DON RODRIGO. MARGARITA.

(Mari-Gómez, que vuelve con don Rodrigo, se retira luego que ha dado sillas.)

MARGARITA: Señor don Rodrigo.

RODRIGO: Señora, al fin nos vemos.

MARGARITA: Hacedme merced de tomar silla. Descansad en esta casa, ya que la prisa de favorecernos no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO: Aprovechemos estos instantes en que nos hallamos solos. Antes de ver a Isabel quisiera oír de vos qué pensáis del estado de su corazón, del de mis esperanzas. ¡Cabe tanto en un año de ausencia!

MARGARITA: Poco es lo que yo os podré decir. Como el respeto no permite a una hija franquearse con su madre en términos de...

RODRIGO: Pero una madre sagaz observa y descubre.

MARGARITA: Isabel ha gozado este año poquísima salud. Su semblante os lo dirá a primera vista. Esta puede ser la causa principal de su melancolía, de su tristeza, pero...

RODRIGO: Es decir que en su rostro podré hallar mudanza, pero no en su desamor.

MARGARITA: Vos interpretáis mis expresiones...

RODRIGO: En su verdadero sentido: ¿a qué negarlo? Si vos no habéis hecho observaciones durante mi ausencia, yo sí las he hecho, y según ellas hablo. Yo os he dirigido repetidos pliegos para Isabel; a ninguno ha contestado. Yo la he enviado lienzos, brocados, joyas: sé que jamás las ha empleado en su ornato. Aún no ha oprimido el lomo del brioso alazán que la trajeron últimamente, ni sus manos han tendido la preciosa ballesta que acompañaba al traje de caza.

MARGARITA: Ya sabéis que la caza no la ofrece diversión.

RODRIGO: Ha echado a volar los azores, ha regalado la jauría, ha dado las telas a los templos, las joyas a los pobres... No me desagradan estos rasgos de beneficencia; los aplaudo y admiro; pero ¿qué prueban estos hechos unidos a otros? Una verdad bien triste, de que estoy convencido seis años hace. Que Isabel no me ama.

MARGARITA: Si estáis en esa creencia, ¿me permitiréis, don Rodrigo, que os haga una amonestación amistosa? Bien sé que mi sexo está privado de voto fuera de la hilaza y de la costura; pero como dama y como madre, me creo con derechos a la indulgencia de un caballero.

RODRIGO: Seguramente; y yo estoy obligado a respetaros por más de un título. Hablad.

MARGARITA: Don Pedro os ofreció la mano de su hija; pero la delicadeza de vuestro cariño, la elevación de vuestro espíritu, vuestro mismo amor propio, ¿se satisfacen con la posesión de una mujer cuyo corazón confesáis que no es vuestro? ¿Qué seguridades de dicha os ofrece un matrimonio fundado en tan dudosos principios? Si el amor de Isabel saliera de la regla común, si fuese ya tarde para que obrase en ella el desengaño, si la vieseis consumirse lentamente, víctima de un pesar más violento cuanto más oprimido, ¿no maldeciríais entonces vuestro fatal empeño? Los celos, los remordimientos harían fuerte presa en vuestra alma: la discordia, el odio, el infierno entero rodearía vuestro tálamo.

RODRIGO: ¡Qué funestos anuncios, señora! Por fortuna, vuestro ejemplo mismo los está desmintiendo. También vos amasteis antes de ser de don Pedro, y sin embargo habéis sido... el modelo de las esposas.

MARGARITA: Esos elogios...

RODRIGO: Yo sé cuánto los merecéis, señora... y espero de vuestra hija... aún mayores virtudes. Pero dejando esto aparte, yo también quiero haceros mis reflexiones. Isabel es cierto que no me ama; pero ¿a quién ama ya? A un ser entredicho para ella, a un polvo insensible tal vez.

MARGARITA: Y ¿si Marsilla volviese aún, si antes de cumplirse el término se presentara colmado de riquezas...?

RODRIGO: ¿Pensáis que eso me obligaría a ceder? Os engañáis. Marsilla prometió desistir de su loca pretensión si en el término de seis años no se enriquecía; pero yo no he prometido desistir nunca. Los Azagras no saben ceder. Todo el poder de Aragón y Castilla juntos no pudo despojar a don Pedro Ruiz del señorío de Albarracín. Si Marsilla volviera a competir conmigo, la espada decidiría la competencia.

MARGARITA: Yo creo que debiera decidirla la voluntad de mi esposo. ¿Quién pudiera disputarle el derecho de disponer de su hija?

RODRIGO: Y ¿quién me impediría el deshacerme de mi rival? Pero estas son amenazas inútiles: el velo que cubre el destino de Marsilla deja traslucir harto distintamente su tumba o su miseria. Si yo estuviera penetrado de que la voluntad de Isabel era irrevocable, de que unida a mí con un lazo sagrado, su virtud no la había de excitar a cumplir lo que jurase en los altares, seguramente no daría

un paso más en mi pretensión, pero las opiniones se mudan, la razón recobra su imperio, los afectos se debilitan, se borran...

MARGARITA: ¡Ah! ¡Don Rodrigo! El que cuenta tantos años de duración...

RODRIGO: Debe por lo mismo hallarse muy cerca de su término.

MARGARITA: ¿Con que persistís...?

RODRIGO: Invariable. Un corazón como el de Isabel es un prodigio, es el fénix de su época. ¿Cómo no admirarle y codiciarle?

MARGARITA: Mas cuando se tropieza con obstáculos invencibles...

RODRIGO: Para una voluntad firme no hay obstáculos. ¿Había yo de permitir que al fin de seis años quedasen burladas mis esperanzas? ¿Que un obsequio, público ya en todo el reino, finalizase tan vergonzosamente para mí? Este empeño se ha convertido ya en punto de honor, y don Rodrigo de Azagra sabrá quedar airoso en él, como en todos.

MARGARITA: ¿Y será justo que se sacrifique la dicha de mi hija a vuestra vanidad?

RODRIGO: Yo me he sacrificado hasta ahora a sus caprichos; exijo mi desquite. Nada reclamo que no me pertenezca. Isabel no puede disponer de sí, no es suya; sus padres han ofrecido su mano; promesa quita propiedad, no es vuestra; a mí me la habéis ofrecido, Isabel es mía.

MARGARITA: Ni lo es, ni lo será. Siento decíroslo, don Rodrigo: si seguís en un empeño tan temerario, al pie del altar oiréis un no que os afrente.

RODRIGO: Vos contáis demasiado con la eficacia de vuestras instigaciones. La boca, que sólo incitada por vos se atrevería a pronunciar ese no, es sagrada para mí. Isabel es mi ídolo; todo, hasta el desdén, me es respetable en ella; pero ¡ay del que pretenda robar este ídolo de mi templo!

MARGARITA: ¡Don Rodrigo!

RODRIGO: Vuestra repulsa me ha irritado, pero no me encuentra desprevenido. Receloso de ella, me proporcioné en Monzón cartas de favor para vos, que me figuro no dejaréis desairadas.

MARGARITA: ¡En Monzón! ¡Cómo! Explicaos.

RODRIGO: Sabéis que los caballeros de la orden del Temple estaban encargados de la custodia del rey en aquella fortaleza. Pues un caballero templario...

MARGARITA: ¡Un templario!

RODRIGO: Me concedió su amistad desde que llegué al castillo. Yo le di cuenta de mis malaventurados amores... y él...

MARGARITA: ¿Y él?

RODRIGO: Él me ocultó los suyos. Díjome sí que le había traído a la religión el arrepentimiento, el deseo de expiar un delito, cuya causa había sido el amor. Por varias expresiones que le oí después llegué a creer que había seducido...

MARGARITA: ¿A quién?

RODRIGO: A una dama de esta ciudad...

MARGARITA: (Aparte.) Yo tiemblo.

RODRIGO: Mi amigo era de un carácter sombrío, melancólico, taciturno. Conocíase que le devoraba la carcoma de las pesadumbres. Ellas sin duda le habían hecho contraer un hábito tan extraño como peligroso. Ocupábamos una misma celda. Levantábase a veces en medio de la noche despavorido, recorría la estancia desatentadamente, hablaba, gemía, oraba... Llegábame a él para consolarle o distraerle, y le veía con los ojos cerrados, muda la fisonomía... ¡Estaba dormido!

Asaltada su razón de un delirio espantoso, prorrumpía su lengua en mal articuladas frases, que ya excitaban la lástima, ya el horror... Desconfiado de su penitencia, se acusaba de adúltero...

MARGARITA: ¡Adúltero!

RODRIGO: Veía abierto el infierno para tragarle; se esforzaba a disculpar, a nombrar a su cómplice...

MARGARITA: ¿A quién? ¿A quién nombraba?

RODRIGO: A una mujer cuyo nombre jamás pudo entenderse.

MARGARITA: ¡Ah!

RODRIGO: Por último... salimos ambos a una comisión importante; partidarios del conde don Sancho nos acometieron con ventaja, y el infeliz Roger de Lizana...

MARGARITA: ¡Él es!

RODRIGO: Él es el que pereció. Ya lo habréis sabido.

MARGARITA: Sí... ya lo sé. (Aparte.) Yo voy a expirar.

RODRIGO: Y no habréis sentido su muerte: fue muy gloriosa.

MARGARITA: Por favor... acabad.

RODRIGO: Al desarmarle para dar sepultura a su cuerpo hallo sobre su corazón unas cartas...

MARGARITA: ¡Cartas!

RODRIGO: Dudo si las enterraré con el cadáver... y las conservo. Las leo; quiero aniquilarlas... y... las guardo, y hoy os las presento. Vedlas. (Desarrolla unos pergaminos.)

MARGARITA: ¡Piedad!

RODRIGO: Leed: Margarita dice aquí... Margarita aquí... Margarita en todas.

MARGARITA: Mías son, yo soy, yo soy la cómplice. ¡Oh! Dádmelas, destruidlas, borradlas.

RODRIGO: Para vos las he conservado. Yo os las entregaré... en el momento que me dé Isabel la mano.

MARGARITA: ¡Me las vendéis a precio de la infelicidad de mi hija!

RODRIGO: Feliz o infeliz conmigo, vuestra hija, menos hipócrita, será más honrada que vos; y yo, si vive mi rival, seré más vigilante que don Pedro. Si Isabel no me ama, yo me pasaré sin su amor, y esta espada me responderá de su conducta. O emplead vuestra autoridad para hacerla mía, o resignaos a ver estas cartas en manos de vuestro esposo. Meditadlo, y elegid. (Vase.)

MARGARITA: ¡Dios de misericordia!

ACTO III

Escena I

MARI-GÓMEZ: . Después, ZULIMA.

MARI-GÓMEZ: (Asomada a un balcón, habla a una persona que está en la calle.)

Sed bien llegado. ¡Cómo!
¿Si os permito, decís,
descansar un momento?
Y dos y cuatro y mil.
¡Qué poco sabéis dónde
hospedaje pedís!
Galván, ten ese estribo.
Vos, bello paladín,
dad al mozo de casa
esas armas. Subid. (Quítase del balcón.)
¡Olalla! -El forastero
es como un querubín. (Sale una criada.)
Pronto, una magra, vino,
(A la criada, que oída la orden, parte a ejecutarla.)
fruta, agua, pan.- No vi
en mi vida un mancebo
de cara tan gentil.
Por otra menos bella
del claustro me salí.
(Sale ZULIMA en traje de caballero aragonés, cubierta de polvo y muy agitada.)
Llegad acá, sentaos.
Estáis hecho un carmín
de sofocado. Cierro,
que es el viento sutil.
(Junta las hojas del balcón: los vanos de los postigos tendrán lienzos en vez de vidrieras.)
Si os dañara, sería
un dolor para mí.

ZULIMA: He llegado a su casa. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: En ocasión venís
que están fuera mis amos.

ZULIMA: ¡Maldición sobre ti! (Aparte, levantándose.)

MARI-GÓMEZ: Sólo está mi señora
la joven.

ZULIMA: Soy feliz. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: Mas nosotros tenemos
orden de recibir
a cuantos se presenten...
(Salen dos criadas con varios platos, jarros, vasos de estaño, etc., que ponen en una mesa inmediata a la silla donde se sentó ZULIMA.)
Con que, vaya, admitid

este pobre agasajo.
Un trozo de pernil
y un trago. (ZULIMA coge con ansia un jarro y bebe.)
¡Que eso es agua!
No, por San Agustín,
no bebáis: aquí hay vino.
¿Qué habéis hecho, infeliz?
¡Agua y sudando! Vais
a mataros así.

ZULIMA: La sed me devoraba.

MARI-GÓMEZ: Aprended a vivir.
Todo un padre vicario
era a quien yo le oí
que es un pecado el agua
al vino preferir.
Comed algo.

ZULIMA: No vine
para comer aquí. (Paséase con desasosiego.)

MARI-GÓMEZ: Mas descansad siquiera.
¡Qué inquietud! ¡Qué trajín!
¡Cuál muestra su viveza
la sangre juvenil!

ZULIMA: . Vuestra joven señora
¿me querrá permitir
que las gracias le rinda...?

MARI-GÓMEZ: ¿De qué? Nada admitís.

ZULIMA: ¿Podré verla?

MARI-GÓMEZ: Mancebo,
yo os quisiera servir...
Sois cortés, sois gallardo...
pero eso que exigís...
Mi señora es doncella,
y sin contravenir
a su decoro...

ZULIMA: (Con imperio.) Esclava,
id, llamadla. Partid.

MARI-GÓMEZ: ¡Esclava yo! ¿Pues tengo
pinta de marroquí,
ni argelina? Yo soy
libre, noble, y en fin,

cristiana vieja.
ZULIMA: ¿Cómo
dudarlo?
MARI-GÓMEZ: ¡Esclava a mí!
Los Gómez cuando vino
Santiago a convertir,
eran ya tan cristianos
como fue el rey David.
ZULIMA: Pero...
MARI-GÓMEZ: Y gracias al cielo,
ni moro ni gentil
jamás en ellos hubo,
ni maniqueo, ni
valdense, ni albigense,
ni por ningún desliz
saco de penitencia
tuvieron que vestir.
¡Esclava! ¡Me ha gustado!
ZULIMA: Perdonadme: viví
en tierra donde abunda
la condición servil...
MARI-GÓMEZ: ¿Venís de Palestina...?
Ya lo iba yo a decir.
Si se os conoce el aire
que tienen los de allí.
¿Por qué lo habéis callado?
Siempre gusta el oír
noticias de la guerra
con esa gente ruin,
y el rigor del honesto
recato mujeril
puede templarse en gracia
de quien pisó el país
donde al Señor le plugo
cuna y tumba elegir.
Llama a Isabel corriendo.
(Vase una criada.)
Veréis un serafín,
en rostro y en virtudes.
ZULIMA: Mi intento conseguí. (Aparte.)

MARI-GÓMEZ: Bien que, ¿cómo pudiera
su sangre desmentir?
Buenos padres... y luego
yo que la dirigí...
ZULIMA: De su virtud no dudo...
si te puede sufrir. (Aparte.)
(Vase la otra criada.)

Escena II

ISABEL: . DICHAS.

ISABEL: Guárdeos Dios, caballero.

ZULIMA: Y a vos cual yo le pido, señora. (Aparte.) Mi rival es ésta.

MARI-GÓMEZ: Es mi ama.

ZULIMA: Prevención inútil. (Aparte.) Mi sangre me lo hubiera dicho. (A Isabel.) La gratitud al cordial obsequio que he hallado en vuestra casa no me permitía dejarla sin agradecérosle. Por esto me atreví...

ISABEL: La hospitalidad, que es una obligación para todo aragonés, para mis padres es cumplimiento de un voto. Nada nos debéis.

ZULIMA: Hermosa habrá sido. (Aparte.)

ISABEL: ¿Pudiera sin imprudencia saberse de dónde venís?

MARI-GÓMEZ: ¡De la tierra santa!

ISABEL: ¡De la tierra santa!

ZULIMA: Sí. Hace ya tiempo que llegué a España. (Aparte.) ¡Qué animación en su rostro!

ISABEL: Y decidme... ¿habéis conocido allá algún caballero de aquí?

ZULIMA: ¿De Teruel? Sí, conocí a uno.

ISABEL: ¿Os acordáis de su nombre?

ZULIMA: Ramiro Montalván.

ISABEL: ¡Montalván! No hay familia en Teruel de ese apellido.

ZULIMA: ¡Ah! Sí, que este nombre era supuesto. No he sabido hasta hace poco el verdadero. Llamábase pues... don Diego...

ISABEL: ¡Marsilla!

ZULIMA: Ése era su apellido.

ISABEL: ¡Cielos! Dios os ha traído sin duda a Teruel. Decidme, caballero, decidme, ¿dónde dejáis a Marsilla? ¿Cuánto ha que os separasteis de él? ¿Cuál era su situación entonces? Por Dios que me lo digáis.

ZULIMA: Ahora reflexiono que siendo natural de esta ciudad... Yo no he preguntado... ¿Estoy en su casa? ¿Sois vos su hermana?

ISABEL: No, no es esta su casa, no soy hermana ni deuda suya; pero... ¡me intereso tanto por él!

ZULIMA: Así me lo parece. Señora, nadie os pudiera dar tan buenas noticias como yo.

ISABEL: ¡Buenas! Dios os lo premie.

ZULIMA: Marsilla, cargado de honores y riquezas, adquiridos en Palestina, se hizo a la vela para España.

ISABEL: ¿Cómo? ¿Viene ya? ¿Ya vuelve?

ZULIMA: Ya ha vuelto mucho tiempo hace.

ISABEL: ¿Ha vuelto, decís?, y ¿ha tiempo? ¡Dios mío! Pero ¿cómo no ha llegado ya a Teruel? ¿A qué se ha detenido? ¿No habéis dicho que era ya rico? Creo que habéis dicho eso.

ZULIMA: Un amigo suyo que murió en la Siria le dejó heredero de sus bienes.

ISABEL: ¡Ah! Pues él debía haberse restituido inmediatamente a su patria.

ZULIMA: No tuvo él la culpa de que al volver le cautivaran en las costas de Valencia.

ISABEL: ¡Desventurado! ¡Está cautivo!

ZULIMA: Ahora... ya se halla libre.

ISABEL: Me salváis la vida. Acabad.

ZULIMA: Durante su esclavitud en Valencia, su gallardía y sus amables prendas hallaron gracia en los ojos de la esposa del rey.

ISABEL: ¡Qué decís! ¡Una mora se prendó de él! ¡Una mujer casada! ¡Qué infamia! Gente sin fe ni ley. Y esa mujer ¿era hermosa? Dicen que las moras valencianas son muy bellas. Pero él... él no amaría.

ZULIMA: No, yo os puedo jurar que no la ha amado. Yo me hallaba a la sazón en Valencia. De allí vengo ahora. Sé, a no dudarlo, que desechó, que despreció el amor de la princesa.

ISABEL: ¡Ah! No esperaba yo menos de su corazón.

ZULIMA: (Aparte.) ¡Presuntuosa! ¡Cómo se envanece!

ISABEL: ¡Un caballero cristiano rendirse a las seducciones de una enemiga de su Dios! No era creíble.

ZULIMA: Cierto. Mucho más cuando Marsilla tenía también amores en Teruel.

ISABEL: ¿Eso sabíais?

ZULIMA: Sí: de él mismo lo supe. Vos conoceréis a su dama. ¿Es hermosa?

ISABEL: No, caballero; la hermosura no resiste a la desgracia, y la amante de Marsilla ha sido muy infeliz. Algún día la envidiaron, la aborrecieron sus más lindas compañeras; ya todas la aman, todas la compadecen.

ZULIMA: Los pesares de esa dama prueban que era digna del amor de Marsilla. Él, anhelando reunirse con la que amaba, expuesto al furor de la sultana ofendida...

ISABEL: ¡Qué! ¿Fue capaz de rendirse...?

ZULIMA: (Aparte.) Ella propia me indica... (A ISABEL.) ¿Os parece fácil resistir a una reina hermosa que ruega y amenaza?

ISABEL: ¡Pérfido! ¡Inicua mujer! ¡Desventurada!

ZULIMA: . Podéis creer que sólo le movería a esto el ansia de recobrar su libertad: no le quedaba otro medio. Yo me disponía entonces a salir de Valencia. Vuestro paisano hubiera podido acompañarme; pero su destino mudó de aspecto. Sólo ha venido conmigo una joya suya.

ISABEL: ¡Una joya! (Aparte.) ¡Si fuera...! -Pero después...

ZULIMA: Después... descubrió el rey la traición de su esposa...

ISABEL: ¡Cielos!

ZULIMA: Según las leyes del país, ambos merecían la muerte.

ISABEL: ¡La muerte! ¡Dios eterno!

MARI-GÓMEZ: ¿Son ésas las buenas noticias que traéis?

ZULIMA: Quise decir ciertas, seguras. Además que para vos (A ISABEL.) nunca pueden ser de interés muy grande. No sois deuda de Marsilla; su dama me habéis dicho que no es bella; vos sois hermosísima; no sois su dama. ¿Qué os puede importar el que antes de ayer hayan tenido fin sus miserias?

ISABEL: ¡Santo Dios! (Desmáyase.)

MARI-GÓMEZ: (Acudiendo a sostenerla.) ¡Señora! ¡Señora! (A ZULIMA.) ¿Qué es lo que habéis hecho? ¡Olalla! ¡Jimena! (Salen las dos criadas.) Un vaso de agua. ¡Válgame Jesús! Ayudadme.

ZULIMA: (Aparte.) Sabe amar esta cristiana. Yo sé más, sé vengarme.

MARI-GÓMEZ: Isabelita. (A una criada.) Dad acá para rociarle el rostro. (A ZULIMA.) ¿No pudisteis conocer con quién estabais hablando?

ZULIMA: ¡Miserable! ¿Sabes a quién hablas tú?

MARI-GÓMEZ: Aún no vuelve.

Escena III

MARGARITA: . DICHAS.

MARGARITA: ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? ¡Mi hija!

MARI-GÓMEZ: Ese caballero, en mala hora venido...

ZULIMA: Sí: ved el efecto de una imprudencia mía: anuncié a vuestra hija, sin saber quién fuese, la muerte de Diego de Marsilla...

MARGARITA: ¡Marsilla!

ZULIMA: Sólo al verla desmayada pude conocer que ella era a quien debía entregar una joya que me dio en Valencia el mismo Marsilla. (ISABEL hace un movimiento y su madre acude a ella, olvidando a ZULIMA.) Ahí queda. (Pone la joya sobre la mesa.) Perdonad que tan aciagamente haya desempeñado un mensaje. A Dios. (Vase.)

MARI-GÓMEZ: Id con mil demonios.

Escena IV

MARGARITA: . ISABEL. MARI-GÓMEZ.

MARGARITA: Isabel, Isabel mía.

ISABEL: ¡Madre! ¿Es mi madre?

MARGARITA: Sí, querida hija, alentad.

ISABEL: ¡Madre! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

MARGARITA: ¡Hija infeliz!

ISABEL: Ha muerto... porque me ha vendido. ¡Ingrato!

MARGARITA: Desahogaos en mi seno. Venid, yo mezclaré mis lágrimas con las vuestras.

ISABEL: ¡Ha muerto! Ya todo se acabó, ya no hay esperanza, ya no tengo por qué vivir. Si era preciso, ¿cómo, al abandonarse a los brazos de una adúltera, no pensó que provocaba el enojo del cielo, del cielo que, aun inocentes, se ha ensañado contra nosotros? ¡Infeliz!

MARI-GÓMEZ: (A MARGARITA.) La adúltera es la mujer del rey de Valencia.

MARGARITA: El cielo, que os presenta este cáliz de amargura, os dará también fuerzas para probarle. Procurad sosegaros.

ISABEL: ¡Sosegar! ¡Amad veinte años, amad toda la vida, vivid sólo con la esperanza del logro de un amor legítimo; perded de un golpe todas las ilusiones de la vida y del alma; conoced que habéis amado a un traidor, un aleve, y sosegaos, y tranquilizaos! Decid al mar que se aplaque cuando sopla el viento más embravecido. ¡Muerto por amores con una infiel! ¿Se ha ausentado ya ese fatal mensajero, sin aguardar a explicarme...? Yo quiero saber mil cosas, quiero que me satisfaga mil dudas. Llamadle: llámale, María.

MARGARITA: Sí, yo también quiero preguntarle... Idle a buscar.

MARI-GÓMEZ: No os desconsoléis, lsabelita. ¿Quién sabe? La edad de ese joven, un tonillo de ironía, cierta confusión que he creído notar en su semblante... todo me hace sospechar si nos habrá engañado. (Vase.)

ISABEL: No, nunca las nuevas del mal son falsas. Él habló además de una joya...

MARGARITA: Aquí la ha dejado. (Dásela.)

ISABEL: ¿La veis, querida madre? ¿La conocéis? Esta joya era mía. Yo se la di la víspera de su partida. Él me prometió no separarse de ella. «Si en medio de las lides que voy a buscar, me dijo, hallo la muerte, devuelta te será esta prenda empapada en mi sangre. Amigo o enemigo, no faltará quien se encargue de ponerla en tus manos.» Ya ha llegado a ellas: aquí está. ¿Y he de dudar de su muerte?

(Sale MARI-GÓMEZ.)

MARI-GÓMEZ: Montó a caballo así que salió de aquí. Ya estará fuera de la ciudad.

MARGARITA: (Aparte.) No sé qué pensar de esto.-Retiraos, Mari-Gómez.

MARI-GÓMEZ: Repito que ese barbilampiño tenía pinta de embustero y de mal intencionado. Bien decía mi padre vicario: Meliora sunt ubera tua vino. Mala hora coja al que no beba vino. (Vase.)

Escena V

MARGARITA: . ISABEL.

ISABEL: ¡Que es don Diego desleal!
No hay fe entonces en la tierra.
¿Madre, lo creéis? Yo no,
lo creo; ni creyera
a mis ojos si lo viesen.
Si no es posible que sea;
si a haberme sido traidor,
mi pecho lo presintiera,
y jamás ni un solo instante
sospeché de su fineza.
Misterio hay aquí sin duda.

Él me amaba.-Qué aprovecha.
Ya murió.

MARGARITA: ¡Isabel querida...!

ISABEL: Venga, don Rodrigo, venga,
reclame mi mano; ya
le aguardo con impaciencia.
Sí, porque para morir
otra cosa no me resta.

MARGARITA: No, la razón...

ISABEL: ¡Con qué orgullo
asirá Azagra mi diestra!
«Ya eres mía, me dirá,
vana fue tu resistencia,
vano el desdén; tu amor tuvo
que postrarse ante mi estrella.
Me despreciabas, me odiaste:
ya a la autoridad sujeta
estás del que despreciabas.»
Si el llanto mi rostro anega,
«detén, me dirá, ese llanto,
que es de mi honor en ofensa»,
y tendré que detenerle.
Y cuando suspirar quiera,
deberé ahogar el suspiro,
que mirara como muestra
de un afecto criminal...
¡y lo será! -No.-¡Firmeza!
Con una palabra evito
que nadie acusarme pueda.

MARGARITA: ¡Cómo! Ya conoceréis
que ninguna excusa os queda...

ISABEL: Yo a don Rodrigo hablaré:
sí, yo le diré resuelta:
«Si hallar la dicha pensáis
con hacerme esposa vuestra,
sabed que en mi pecho habitan
la amargura y la tristeza.
¿Conocéis en esta cara
marchita y amarillenta,
en estos ojos que cubre

de dolor oscura niebla,
en este labio en que siempre
un ¡ay! lastimero suena,
en esta efigie animada
del pesar, veis la belleza
que llamasteis algún día
en mil trovas lisonjeras
perla del Guadalaviar,
de Teruel fúlgida estrella?
Mi sangre está ya viciada,
corre acíbar en mis venas,
va a contagiaros mi mano,
y en unión tan mal dispuesta,
en vez de felicidad,
sólo encontraréis vergüenza,
remordimientos, hastío,
desesperación violenta,
y con mi fin prematuro
vuestra desgracia perpetua.»

MARGARITA: ¿Y tendrás valor...?

ISABEL: ¡Valor!
Decidme si hay por qué tema:
decid si dudáis que arrojo
un desesperado tenga.

MARGARITA: Si os manda un padre...

ISABEL: Diré
que no.

MARGARITA: Si una madre os ruega...

ISABEL: No.

MARGARITA: De rodillas.

ISABEL: Mil veces
no. Podrán enhorabuena,
de los cabellos asida,
arrastrarme hasta la iglesia,
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,
emparedarme en un claustro
donde lentamente muera;
todo esto puede mi padre,
pero arrancar a mi lengua

un sí perjuro, no.
MARGARITA: Tú
has dictado mi sentencia;
mi suerte me vaticinas.
No serás tú quien se vea
de un monasterio en la cárcel
sepultada con afrenta,
destrozada, emparedada;
seré yo, yo, que deshecha
en lágrimas, a tu padre
pediré por gracia extrema
que el corazón me atraviese,
y veré que me la niega,
porque más lento, más crudo
suplicio es justo que sienta.
ISABEL: ¡Vos a quien mi padre adora!
MARGARITA: Quizá hoy mismo me aborrezca,
cuando le haga ver Azagra
con irrecusables pruebas
que en una concorte infiel
su amor engañado emplea.
ISABEL: ¡Gran Dios!
MARGARITA: Sí, casada y madre,
la seducción halagüeña
del amante me rindió
que fue mi afición primera.
Vino el arrepentimiento;
volé al altar; penitencia
crüel que durar debía
por diez años fueme impuesta,
y la cumplí, y la seguí
mucho después que cumpliera.
Si entrases en mi oratorio,
donde nadie jamás entra
sino yo, si las paredes,
si aquel pavimento vieras
que cubre de sangre mía
gruesa y hórrida corteza...
los cilicios..., ¡oh! quizá
de mi castigo sintieras

más piedad que indignación
de mi orgullo.-Satisfecha
de la expiación, creí
ya merecer que secreta
la culpa hasta el día último
del universo yaciera.
Juzga tú de mi terror
cuando instando a que cediera
de su pretensión Azagra,
las cartas ayer me muestra
por mí a mi cómplice escritas,
y me amenaza ponerlas
en las manos de tu padre
si tú la tuya le niegas.

ISABEL: ¿Con que hay también infortunio
(Después de un momento de pausa.)
que a mi infortunio supera?
¿Hay un ser a quien salvar
yo de su despecho pueda?

MARGARITA: ¡Salvarme! No lo merezco.
¡Salvarme! ¿Quién te lo ruega?
¿Para hacer tal sacrificio
qué me debes tú? Dureza,
rigores. Si soy tu madre,
si te amé, cuándo halagüeña,
cuándo amorosa me viste?
Ayer.

ISABEL: ¡Oh madre! ¿Pudierais
dudar de lo que hacer debo,
de lo que haré? -Sí, que incierta
yo también estoy -Mas, ¿cómo?,
¿no soy hija?, ¿no se encuentra
mi madre en riesgo?, ¿no puedo
librarla? Mi vida es vuestra,
tomadla: así Dios, así
lo manda naturaleza.-
¡Casarme con don Rodrigo!
¡Albricias, alma, no temas!

MARSILLA: es muerto.

MARGARITA: (Aparte.) ¡Oh rubor!

ISABEL: Y me ha ofendido. ¿No es cierta
su traición? Decidme, madre,
que me ha olvidado en la ausencia,
y que en una mora puso
el amor que me debiera.
¿No es cierto también que Azagra
una alma celosa alberga,
iracunda, vengativa?
¿que mis ayes y querellas
se le harán insoportables,
y querrá que los contenga,
no podré, y se irritará,
y me matará?
MARGARITA: ¡Isabela!
¡Qué horror!
ISABEL: Tengo yo también
cartas amantes que lea.
Yo las tengo, y algún día
las verá Azagra.
MARGARITA: ¡Oh si fueran
las mías tan inocentes!
ISABEL: ¡Inocentes! Sí: pureza
respiran todas, pasión
que ni culpable ni nueva
parecerá a don Rodrigo.
¿Veis esto, madre? ¿Son esas
(Mostrándole un retrato.)
sus facciones? Pues sabed
que mi mano ruda, indiestra,
ese bosquejo trazó
sin que dechado tuviera
más que la imagen, que fija
en mi pecho se conserva.
Permitídmele besar
por última vez..., por ésta.
Tomad. Hecho el sacrificio
está ya, y estoy serena...,
tranquila..., como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
mi calma..., y no me digáis

ni una palabra siquiera.
Vuestra fama está en mi mano:
la conservaréis ilesa.
Se casará vuestra hija;
no importa lo que le cuesta. (Vase.)

Escena VI

MARGARITA: .
MARGARITA: ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que hice?
¿Soy madre yo? No lo soy:
en mi corazón estoy
oyendo una voz que dice:
Tú has abusado, infelice,
con egoísmo cruel
de la virtud de Isabel
por evitar tu castigo.
Si bárbaro es don Rodrigo,
¡compárate tú con él!
Pero ¿dónde hay resistencia
para renunciar al fruto
de quince años que en tributo
consagré a la penitencia?
¿Me ofreceré a la presencia
de mi esposo y de Aragón
con el hediondo borrón
del crimen que cometí?
En mal hora merecí
tan buena reputación.
Con placer me sujetara
del castigo a la fiereza
como sólo en mi cabeza
su peso se acumulara;
pero si se divulgara,
si sabe el mundo mi error,
la mengua y el deshonor
más oprimen a mi esposo.
¡Qué golpe tan horroroso!
Le va a matar el dolor.

Viva Segura, Dios mío;
si nueva culpa cometo
por conservar mi secreto,
tú verás cómo la expío.
Yo de mi Isabel confío;
su amante ya pereció;
la suerte me sujetó
este partido a tomar:
me puedo sacrificar,
pero a mi marido no.

ACTO IV

Primera parte

Decoración corta que representa el camarín o gabinete de DOÑA ISABEL. Una puerta grande en el fondo que al abrirse dejará ver una larga sala; otra puerta menor a un costado.

Escena I

ISABEL: . MARI-GÓMEZ.

(Aparece ISABEL ricamente vestida sentada en un sillón delante de una mesa, sobre la cual descansa un espejo metálico sostenido por un atril. MARI-GÓMEZ está acabando de adornar a su joven ama cuyas galas forman singular contraste con su profunda melancolía y abstracción.)

MARI-GÓMEZ: ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os miréis os digo: alzad ese rostro. ¿Qué tal? (ISABEL levanta maquinalmente la cabeza y vuelve a inclinarla sin haber fijado la vista en el espejo.) A esotra puerta. ¡Miren qué trazas de novia! Pues si está cuando se case tan distraída, entonces ¡sí que será lance donoso! Vamos con las manillas. (Va a abrocharle una manilla, y se le escapa el brazo.) Pero sostened el brazo vos. Vaya, esto es amortajar un difunto. (Pónele las dos manillas, manejándole los brazos a su arbitrio.) Para el collar me dejaré de historias. (Álzale la cabeza: ISABEL da un suspiro.)

ISABEL: ¡Ah!

MARI-GÓMEZ: Le prenderemos aquí el velo como se pueda. (Lo hace.) ¿Qué falta? Creo que nada. Vamos, bien estáis. Ello, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces. ¡Y yo que quisiera poneros hecha una imagen, yo que me miro en vos! Por fin, ya llegó el día de veros ataviada. Hoy resucitáis las envidias que han estado enterradas seis años.

ISABEL: (Siempre enajenada.) ¡Marsilla!

MARI-GÓMEZ: (Aparte.) Dios le haya perdonado. (A ISABEL.) Ahora... yo diré a don Rodrigo lo que hace al caso. Cada domingo me habéis de estrenar una gala. Os he de hacer pagar el desaliño de doncella con el esmero de casada.

ISABEL: Casada... (Esta expresión la saca de su enajenamiento: mira a MARI-GÓMEZ, se ve en el espejo, se mira a sí propia, reúne sus ideas, y dice luego con melancólica sonrisa.) ¡Ah! Es mi último vestido.

MARI-GÓMEZ: ¡El dulcísimo nombre de Jesús! Libera nos a malo. No lo querrá Dios, Isabelita de mi alma, no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como merecéis. Pero salid de ese abatimiento, que no parecéis sino un reo sentenciado a muerte. Mirad que ya van a venir los convidados a la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL: (Con sobresalto.) ¿Qué hora es ya?

MARI-GÓMEZ: No tardarán en tocar a vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió don Diego de Teruel, y hasta que cumpla, no está libre mi señor de su promesa.

ISABEL: Sí, a esa hora, a esa hora misma, seis años hace, partió de su patria el infeliz Marsilla... para nunca volver. En este mismo aposento me hallaba yo; allí, delante de ese balcón estaba: mis ojos regaban copiosamente mi labor como ahora mis galas nupciales. Continuamente se dirigían mis inquietas miradas a la calle por donde había de pasar para verle... como ahora que no le verán. Por allí vino, montado en el fogoso alazán enseñado a pararse bajo mis rejas. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último donde mi cariño. Allí se detuvo: desde allí me dirigió el adiós postrero. Hasta la dicha, o hasta la tumba, me dijo. -Tuya o muerta, exclamé yo enajenada, tuya o muerta fui a repetirle, y oprimido el corazón de la angustia, caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma que se ausentaba. ¡Suya o muerta!, y voy a dar la mano a don Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

MARI-GÓMEZ: Hija mía, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Vos sabéis más que yo: yo no soy más que una pobre mujer, que porque vos recobraseis la paz del alma, porque fuerais feliz, daría todos los días que le quedan de vida, menos uno para verlo.

ISABEL: Con que ¿tanto me quieres, María? Con que ¿te afligen tanto mis pesares?

MARI-GÓMEZ: Hija Isabel, ¿no han de afligirme? ¡Pues qué! ¿El haberos recibido al nacer en mis brazos, haber mecido vuestra cuna, veinte y cuatro años de afán continuo, no han de haberme inspirado ley? ¿Quién más acariciada, más mimada que vos de mí? ¿Qué madre más indulgente con una hija que yo con vos? No quita esto que os riñera: sí señor, cuando convenía; pero ¿cómo os regañaba? Siempre mis sermones os hacían reír. Miento: ni reír ni llorar, porque como no me escuchabais las más de las veces... Y a fe que aún no habéis perdido esa maña. ¡Desagradecida! Vos habéis tenido en mí otra madre, y yo sólo he tenido en vos una discípula sorda. Discipulis surdis, como dijo San Paralipómeno.

ISABEL: Perdóname, amada María; no soy ingrata. Dame un abrazo. ¡Si vieras...! ¡Me cuesta tanto trabajo atender a lo que me dicen! Tengo una pesadez, una desazón...

MARI-GÓMEZ: ¡Válgame Dios! ¡Y mi señora que no está en casa! Se marcha a asistir al hijo del juez, sin pensar que puede hacer falta aquí. Yo voy a llamarla corriendo.

ISABEL: ¿Para qué? Yo padezco, pero en el alma: ¿quién cura esta dolencia? Parece que dentro de mí se levanta una voz sediciosa, terrible, voz que no viene de mi voluntad, que viene sin duda del infierno, (MARI-GÓMEZ se santigua.) que me instiga a despreciar, a hollar los vínculos de la naturaleza, los respetos del trato humano, los mandamientos de la ley; a hacer daño a otro; a no impedir males, porque me cuesta demasiado el impedirlos. Tú no me entiendes, María; pero si te

acuerdas del año en que una enfermedad pestilente guió su carro exterminador sobre este reino, en que la mitad de España se ocupaba en abrir sepulturas para la otra mitad que perecía; si te acuerdas de aquella recia batalla que se dieron en mi cuerpo la vida y la muerte, en que la muerte quedó vencida, tendrás una lejana idea del combate mental que sufro, cuyos golpes hieren todos en mi carne, y cuyo fin no sé cuál será.

MARI-GÓMEZ: Vaya, vaya; yo voy por mi ama. Y que también... aunque envió a decir que por ella no se aguardase, siempre es mejor que os acompañe a la iglesia.

ISABEL: ¡Ah, sí!, que venga. Dile que necesito su presencia, que es preciso que no se aparte de mí.

MARI-GÓMEZ: Descuidad, que no volveré sola. (Vase.)

Escena II

ISABEL: .

ISABEL: Condúzcame al altar mi madre, dícteme el sí su labio, dígame que si no le profiero, le doy la muerte... sino... no sé si lo pronunciaré. Ayer, al acabar de oír la fatal revelación, antes de darme tiempo para conocer la inmensidad del sacrificio, entonces debían haberme presentado a Azagra. Hoy está ya roto el hechizo, frío el entusiasmo, y fatigada la virtud, rehúsa repetir el esfuerzo. Lo estoy viendo: con los ojos clavados en el angustiado semblante de mi madre, con el alma ardiendo en el deseo de salvarla, con la lengua pronta a obedecer a mi padre, saldrá de lo más hondo de mi pecho un no que nadie podré detener, nadie, ni yo misma. ¡Qué veo! ¡Don Rodrigo! (Está parado junto a la puerta lateral.)

Escena III

DON RODRIGO. ISABEL.

RODRIGO: Mis ojos por fin os ven a solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desdén y un recato rigoroso me han privado de este bien.
Trémula estáis; ocupad la silla.

ISABEL: ¡Ante mi señor!

RODRIGO: Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
en el reino del amor.

ISABEL: ¡Mentida soberanía!

RODRIGO: De mi rendimiento fiel
que dudarais no creía.
¡Si a conocer, Isabel,
llegaseis el alma mía...!

ISABEL: ¡Es noble, es humana, es bella!
No ha mucho que lo ha mostrado.

RODRIGO: Tal siempre ha sido mi estrella:

descubrir no me ha dejado
sino lo deforme en ella.
Un Azagra conocéis
orgulloso y vengativo,
y otro, oyéndome, veréis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podéis.
El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
no lo conocéis, señora,
y nos conviene a los dos
una explicación ahora.

ISABEL: Si pretendéis abonar
un odioso proceder,
en balde os vais a cansar.
Mejor, a mi parecer,
para ambos será callar.

RODRIGO: ¡Isabel! Deshonra y muerte
y eterna condenación
no hacen en mi ánimo fuerte
la dolorosa impresión
que la idea de perderte.
Maldición más espantosa
no pudo echarme jamás
una lengua venenosa
que decir: No lograrás
hacer a Isabel tu esposa.
Vuestra madre, mi rival
que de la tumba se alzara,
cualquier osado mortal
que entre vos se colocara
y entre mí para mi mal,
ante mis celos cayera
en sangriento sacrificio:
no hay medio que yo omitiera,
de violencia o de artificio,
como a vos me condujera.
Poseeros para ser
virtuoso necesito;
robaros a mi querer

es acercarme al delito
y hacérmele cometer.
No me interrumpáis: sin duda
vais a decir... con razón...
que especie de amor tan ruda,
dejando de ser pasión,
en barbarie ya se muda.
No vuestro amor delicado
me pintéis para mi mengua:
quizá no lo haya expresado
en seis años vuestra lengua
sin haberlo yo escuchado.
Cuantas cartas escribió

MARSILLA: ausente, leí;
su retrato, que él no vio,
yo he visto. No hay llave aquí
que doble no tenga yo.
Veros fue mi ocupación
y oíros de noche y día;
y deserté de Monzón
siempre que lo permitía
mi sagrada obligación.
Viéndoos al balcón sentada
por las noches a la luna,
mi fatiga era pagada:
no ha sido mujer alguna
de amante tan respetada.
Para romper mis prisiones,
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
hace que espero seis años,
y aún llegado no le cuento.
Pero por ventura ya
no puede estar muy distante.

ISABEL: ¡Qué! ¿Pensáis que cesará

mi pasión, muerto mi amante?
No, lo que yo viviré.

RODRIGO: Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque a mí me cueste caro,
nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
cuya expresión no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.
¡No más que el nombre! y concluyo
de desear y pedir:
de mí todo afán excluyo
sólo con poder decir:
«Me llaman marido suyo».
Separada habitación,
distinto lecho tendréis.
¿Queréis más separación?
Vos en Teruel viviréis,
yo en la corte de Aragón.
¿Teméis que la soledad
bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos; mudaréis en suma
de casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
veré esos divinos ojos:
mas dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia
ya cañas, ya la batida,
ya músicas dispondrá.
Si lloráis... ¡Prenda querida!
Cuando lloréis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Nací altanero, servil
la suerte aduló mi gusto
desde la edad infantil.

Híceme inflexible, adusto,
tirano en la edad viril.
Pero ¿qué he de hacer, si en vano
lucho con mi condición?
Piedad de mi orgullo insano;
yo con vuestra inclinación
no me mostraré inhumano.
Míseros ambos, hacer
con la indulgencia podemos
menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿me podréis aborrecer?

ISABEL: ¡Don Rodrigo!, ¡don Rodrigo! (Sollozando.)

RODRIGO: ¿Lloráis? ¿Es porque me muestro
digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
bastante el duro castigo?

ISABEL: ¡Oh! no, no; mi corazón
palpitar de odio no sabe.

RODRIGO: Ni ya más resolución
tampoco en el mío cabe,
mirando vuestra aflicción.
¡Qué lágrimas! ¡Ay! Y ¡cuántas
habéis vertido por mí!
Vedme, vedme a vuestras plantas.
Vencisteis.-¿Y podré...? Sí,
salid de zozobras tantas.
Ya quedáis en libertad
de darme o no vuestra mano:
seguid vuestra voluntad.
Libre sois.

ISABEL: ¡Dios soberano!

RODRIGO: Tomad las cartas, tomad.
(Pónelas sobre la mesa, después de haber notado la falta de una.)
Una falta: me olvidé...
Tendréisla, que no la quiero.
Callar juro por la fe
de aragonés caballero...
No, no, nada juraré.
Cuando derribo el altar

que a mi esperanza erigí,
terror quisiera inspirar,
y de mis armas así
no me debo despojar.
Voy todo lo prevenido
a detener, sin embargo.

Escena IV

DON PEDRO. DICHOS.

PEDRO: Los padrinos han venido.

RODRIGO: Ya cesaron en su encargo:
todo queda suspendido. (Vase.)

Escena V

DON PEDRO. ISABEL.

PEDRO: (Con admiración y enojo.) ¡Isabel!

ISABEL: Querido padre, no me miréis con ira, no me condenéis antes de oírme.

PEDRO: ¿Se aparta don Rodrigo de su empeño?

ISABEL: Lo deja a mi resolución.

PEDRO: Eso es distinto. Con todo, no eres tú quien debiera decidir: fijar tu suerte es derecho mío. Como padre me toca mandarte...; prefiero, sin embargo, aconsejarte como amigo. Ni aun te aconsejaré; te descubriré sólo secretos que estaba obligado a callar, pero que mi honor exige ahora que revele. Después tú decidirás.

ISABEL: ¡Oh padre de mi alma! (Bésale la mano.)

PEDRO: Cuando un injusto fallo me iba a despojar cuatro años ha de mis bienes, y a dejarnos sumidos en la miseria, ¿sabes quién fue el desconocido que obtuvo la revocación de la sentencia? Don Rodrigo.

ISABEL: ¡Don Rodrigo!

PEDRO: Cuando dos años ha, prisionero yo de los indignos satélites de don Sancho, iba a ser degollado de su orden, ¿sabes quién me libró, ya bajo el hacha del verdugo? Don Rodrigo.

ISABEL: ¡Don Rodrigo!

PEDRO: Cuando cinco años hace, agotados todos los recursos de la ciencia para volverte a la vida, tu madre y yo, ahogados de pena, esperábamos de un momento a otro verte lanzar el último aliento, ¿sabes quién trajo desde Jaén aquel médico árabe que Fingió pasar accidentalmente por aquí?

ISABEL: ¿Fue don Rodrigo?

PEDRO: A él entonces debiste la vida.

ISABEL: A él se la consagraré ahora. ¡Dios justo! A vos pongo por testigo de mi resistencia y de los combates que he sufrido. Por todas partes han asaltado mi corazón. Ya no puedo más... Llamadle.

PEDRO: Tú me haces feliz, hija mía. (Vase.)

ISABEL: Estaba escrito en el cielo que este hombre había de ser mi esposo. Séalo. No seré ingrata con él... seré pérfida con mi infeliz Marsilla. ¡Oh Marsilla!, si tú vivieses... Desde el empíreo, donde me estás mirando, ¿serás capaz de culparme? Tú quizá me perdonarás...; yo al tiempo que cedo a la ley de la suerte, no puedo perdonarme a mí misma.

(Ábrese la puerta del fondo. Se ve la sala, y entran en ella muchas damas y caballeros, algunos de los cuales pasan al gabinete.)

Escena VI

DON RODRIGO. DON PEDRO. DON MARTÍN. MARI-GÓMEZ. DAMAS. CABALLEROS. PAJES. ISABEL.

RODRIGO: ¿Podré creer tanta dicha, Isabel? ¿Consentís voluntaria en darme la mano?

ISABEL: La habéis ganado. Tomadla. Vamos al templo.

PEDRO: Aún no ha cumplido el plazo otorgado a don Diego. Al toque de vísperas de este día salió el malogrado joven de Teruel seis años hace: hasta que suene esa señal en mi oído no soy dueño de disponer de mi hija. (A DON MARTÍN.) Sólo para haceros ver el exacto cumplimiento de mi promesa me he atrevido a suplicaros que vengáis a mi casa, mi infeliz amigo.

MARTÍN: ¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL: ¡Infeliz! (Aparte.)

PEDRO: Fiel a lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo.

RODRIGO: Isabel desea la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

MARI-GÓMEZ: Ahora empezaba el herido a volver en su conocimiento. Si antes del toque de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir a la ceremonia: esto me ha dicho.

PEDRO: La esperaremos en el templo. (A DON MARTÍN.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, veréis...

MARTÍN: Excusadme el presenciar un acto tan doloroso para mí...

PEDRO: Estad seguro de que hasta que no oigáis la campana no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros os informarán de que he esperado hasta el cabal vencimiento del plazo.

ISABEL: Dios de bondad, asistidme. (Aparte.)

PEDRO: Vamos. (Vanse todos, menos DON MARTÍN.)

Escena VII

DON MARTÍN.

DON MARTÍN Creí por un momento que Isabel debía ser más fiel a la memoria de su amante. ¡Vanidad! ¿Qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mías? ¡Hijo de mi dolor! Mi pobreza te robó

tu dicha, te desterró de tu patria, te ha hecho morir en tierra ajena. Desde ayer a hoy mi frente anciana se ha vuelto decrépita. Pronto me reuniré a mi hijo.

Escena VIII

MARGARITA: , por la puerta del costado. DON MARTÍN.

MARGARITA: ¡Isabel! ¡Don Pedro! (A DON MARTÍN.) ¿Vos aquí solo? ¿Han marchado ya? ¿Hace mucho tiempo?

MARTÍN: Pocos instantes. Debíais haberlos visto.

MARGARITA: Vengo por el jardín.

MARTÍN: Os van a esperar en la iglesia.

MARGARITA: No me esperarán sino hasta la hora prescrita. Va a sonar al punto. Don Martín... yo no puedo... La iglesia está a un paso... Corred vos, estorbad el casamiento. Vuestro hijo vive.

MARTÍN: ¡Vive! ¡Ángeles del cielo! ¿Vive? ¿Es verdad? No me engañéis, por Dios.

MARGARITA: No hay duda, no puede tardar en llegar.

MARTÍN: ¿A Teruel?

MARGARITA: Tal vez entra ya por sus puertas.

MARTÍN: Yo no acierto a creer tanta dicha.

MARGARITA: La noticia de ayer fue falsa, fue obra del rencor y de la impostura. Sí, acabo de saberlo de Jaime Celada.

MARTÍN: ¿El hijo del juez? ¿El que estaba cautivo?

MARGARITA: Estaba en Valencia. Vuestro hijo vuelve opulento. Ha salvado la vida al rey moro. Se hallaba doliente... envió a Jaime para anunciar su llegada, y el infeliz mensajero fue herido ayer a una legua de aquí. Hasta hoy no se le ha conducido, hasta ahora no ha podido hablar...

MARTÍN: Basta; no más.

MARGARITA: Deteneos, oíd. No digáis... por Dios no digáis que yo os envío. Decid que habéis sabido la nueva en casa de Celada. Nada os importa esa ficción, y a mí...

MARTÍN: Yo lo prometo: a Dios. ¡Mi hijo vive! (Vase.)

Escena IX

MARGARITA: .

MARGARITA: ¿Llegará a tiempo? Aún no suena la campana que ha de señalar el momento del consorcio. Tiempo será. Si está de Dios, que mi delito se publique. Vivo Marsilla, ¿cómo había yo de permitir que mi Isabel...? Mi pobre Isabel, que se sacrificaba por mí... Jamás: no llega a tanto mi barbarie. Sépase todo. Y todo se sabrá. ¿Cómo no ha de vengarse don Rodrigo? Ya no tengo esposo, ni hija, ni nombre. Sí, el de adúltera. Dios mío, fuerzas para soportar la ignominia. Sí, vos me las daréis. Ya he sentido vuestro auxilio: vos me habéis hecho romper el pomo de veneno hallado junto a Celada; humedecida en él la flecha de la mora, traspasada apenas la piel del triste joven, ha estado un día sin sentido... Si yo cedo un momento... No me abandonéis ahora. ¡Cuántos escarnios! ¡Cuántas maldiciones me aguardan! (Óyese muy de cerca el toque de vísperas.) ¡Cielos!, ya será tarde. Su padre no puede haber llegado. Salgamos de tan horrible duda. ¡Perdón, Dios mío! (Vase.)

Segunda parte

Bosque inmediato a Teruel

Escena I

MARSILLA: y ADEL atados a dos árboles. SEIS BANDIDOS, de los cuales unos observan a los dos presos, y otros registran sus maletas.

(Marsilla escucha convulsivo el toque de vísperas que se oye a lo lejos.)

MARSILLA: Ese fatal sonido viene a aumentar mi desesperación. Si al ver que no llego... ¡Oh! no, todo lo habrá evitado Celada. Isabel me espera, y yo aquí entre tanto... Traidores, viles bandidos.

BANDIDO 1.º ¿Cómo traidores?

2.º ¿Cómo bandidos?

1.º Nosotros somos leales soldados del infante don Sancho.

2.º Del legítimo rey de Aragón.

1.º (A ADEL.) ¿Dónde vienen esas joyas, perro?

MARSILLA: ¡Ocúltaselas, Dios mío! (Aparte.)

ADEL: Yo no tengo ni sé de joya alguna: no traigo más que un puñal y un seguro de mi rey.

2.º A ver el puñal. ¡Mango de cobre! ¿No podías habérselo echado siquiera de plata?

ADEL: Lo merecía: no está esa hoja destinada a sangre ruin.

1.º Tú serás el primer ruin que la estrene si no cantas claro.

ADEL: La litera y el equipaje vienen media jornada más atrás: tal vez allí...

1.º Bellaco, la litera no trae las riquezas. Los diamantes vienen con vosotros. Nos ha informado quien lo sabe.

3.º Aquí está: ya pareció. (Muestra una arquita de baqueta.)

MARSILLA: ¡Cielo vengador! (El primer bandido deja caer en el vuelo el puñal de ADEL, y acude a ver las joyas.)

TODOS LOS BANDIDOS A ver, a ver.

1.º (Abriéndola) ¡Perlas...! ¡Brillantes!

2.º ¡Diamantes verdes!

3.º ¡Diamantes morados!

2.º ¡Cómo relucen los blancos!

1.º ¡Es un tesoro!

TODOS ¡Un tesoro! A marchar, a repartir.

MARSILLA: ¡Desventurados! Teneos, escuchad.

3.º ¿Traes otra cajita?

1.º Marchemos; el golpe está dado, nos hallamos a las puertas de Teruel, y hoy ha salido tropa a recorrer estas cercanías. El juez Domingo Celada está furioso por el lance de su hijo.

MARSILLA: Quitadme la vida si me quitáis las riquezas. Mi vida son ellas. Vosotros no sabéis...

1.º ¡Qué! ¿Su valor? No hayas miedo que se malbaraten.

MARSILLA: ¿Hay entre vosotros alguna fe? ¿Sabéis lo que es la palabra de un caballero? Yo soy Marsilla.

1.º ¿Marsilla? Tú serviste a don Pedro contra el ejército de la Iglesia. Aquí tenéis un paladín de la tabla redonda, que nos ha quitado a los buenos católicos el quemar en Francia más de cien herejes.

2.º Tan hereje será él como ellos.

MARSILLA: Un día, pocas horas que estuviesen en mi poder esas prendas, me harían feliz. Aun sin venir a mi poder... Si no sois tigres, si hay entre vosotros algo de humano... hacedme una gracia, y os bendeciré... Ángeles seréis para mí. ¡Si pudierais penetrar la sinceridad con que os hablo...! Si uno de vosotros llega a Teruel... a casa de Segura... Si le muestra esas joyas y le dice: «De Marsilla son», no necesito más, huya luego con ellas.

LOS BANDIDOS ¡Ah, ah, ah, ah! (Riéndose.)

1.º ¡Buena ocurrencia! Para que le echasen el guante a mano salva.

2.º El hombre está loco.

MARSILLA: Por cuanto hay más sagrado...

2.º ¿Qué hay sagrado para un albigense con ribetes de moro?

1.º ¡Y que no tiene humos que digamos el mancebo! Como que en rigor debíamos...

MARSILLA: ¡Bárbaros! ¡Infames ladrones!

2.º Capitán, ¿le saco la lengua a este atrevido?

MARSILLA: Matadme: si no, ni uno siquiera de vosotros ha de salvar la vida. No sabéis aún quién es el que habéis sorprendido cobardemente... como cobardes que sois, como villanos. Juro a Dios vivo no descansar hasta que haya exterminado al último de vosotros. De estos mismos árboles ha de pender vuestros cadáveres destrozados.

2.º A este pájaro es preciso torcerle el pescuezo.

1.º Al cabo es un defensor de los albigenses.

2.º Un excomulgado.

3.º Un aleve que nos quería alucinar para pescarnos.

2.º ¡Muera! (Dirígese a MARSILLA para atravesarle con la lanza, y al alzar el brazo le hiere una saeta.) ¡Me han herido! ¡Favor!

ALGUNOS BANDIDOS ¡Un saetazo!

TODOS ¡Qué es esto? (Se oye un silbido.)

1.º ¡El aviso del centinela! Estamos descubiertos.

TODOS Huyamos. (Huyen, llevándose, o más bien atropellando al herido, que va a caer fuera de la es cena.)

Escena II

MARSILLA: . ADEL.

MARSILLA: ¿Quién nos protege? A nadie veo. Desesperación, dame ahora tus fuerzas. ¡Que han de resistir estos cordeles a manos que han roto hierros!

ADEL: No te fatigues en esfuerzos inútiles: el nudo que me ata las muñecas se va aflojando..., pero tan lentamente, ¡voto al ángel Reduán!

MARSILLA: ¡Perder mis tesoros al tocar la dicha!

ADEL: ¡Veo al que lleva la arquilla! Va detrás de todos.

MARSILLA: ¡Maldición!

ADEL: Le han disparado una saeta...; el herido se apoya en un árbol. Un joven sale a socorrerle. No, le arranca la arquita... el malvado cae... el joven desaparece con ella. Ya no veo a nadie.

MARSILLA: Perdí hasta la última esperanza. ¡Y me han dejado la vida! ¡Ah! Tal vez en este mismo instante... ¡Isabel! ¿Hay tantos tormentos?

ZULIMA: (Dentro.) Te falta el de oírme.

Escena III

ZULIMA: . DICHOS.

MARSILLA: ¡Cielos! La voz de la desgracia es ésta.

¿La conoces?

ADEL: Conózcola de suerte...
cual conoce a su víctima la muerte.

(Sale ZULIMA con arco y aliaba.)

MARSILLA: ¡Aquí Zulima!

ZULIMA: Sí; ¿de qué te asombras?
¿No hay nada entre los dos que nos reúna?
Por el Amir a muerte condenada,
¿no fuiste tú mi salvador? ¿La puerta
de la terrible cárcel no me abriste,
y vida y oro y libertad me diste?
Vida y riqueza y libertad te vuelvo.
Nada más natural, nada más justo.
Libre estás.

(Corta con el puñal de ADEL, que estaba en el suelo, los cordeles que sujetaban a MARSILLA.)

ADEL: Yo también. (Soltándose por sí propio.)

MARSILLA: (Cogiendo del suelo su espada.)

ZULIMA: ..., el tono
me aterra de tu voz..., es del infierno,
y de un ángel tu acción. Mi pecho anhela
su gratitud mostrar, y... El tiempo vuela:
a Dios.

ZULIMA: ¿A dónde vas? ¿Por tu tesoro?
Velo aquí, por mi diestra rescatado.
Yo la seña he fingido: la sabía,

(MARSILLA arroja la espada.)
y ella y este arco fiel te han libertado.
Mi vida por la tuya hubiera dado,
pues... con tu muerte mi placer moría.
MARSILLA: ¡Mujer incomprensible! Heme a tus plantas.
(Arrodíllase.)
ZULIMA: ¡Triunfé! Así es como yo verte quería.
Ya estoy contenta: tus riquezas toma,
(Entrégale el cofrecillo que traía oculto.)
corre luego a Teruel, vuela a tu amada;
mas no a la casa que la diera abrigo
hasta hoy, te dirijas; si has de verla,
búscala en el harem de don Rodrigo.
MARSILLA: ¡Condenación! ¡Qué dices!
(Deja caer el cofrecito en el suelo. ADEL levanta y guarda su puñal.)
ZULIMA: Tarde llegas.
Tuya no puede ser; ya dio su mano.
MARSILLA: ¡Iras del cielo! No: finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima venida
previno un mensajero.
ZULIMA: Tú no sabes
cuán a tiempo selló, siempre certero,
mi brazo el labio de tu mensajero.
Yo vi, yo hablé a Isabel, y de tu muerte
la noticia le di, y a los bandidos
avisé que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
te las vengo a anunciar.
MARSILLA: ¡Con que es ya tarde!
ZULIMA: Mira mi gozo, y si pudieres, duda.
La libertad me diste por desprecio,
por contemplarme débil enemiga.
¡Insensato mortal! ¿No te lo dije
ya en el harem, que de mi amor ardiente,
o mi fiera venganza decidías?
¿Quisiste el odio? Sus efectos siente.
MARSILLA: ¡Que es tarde!
ZULIMA: Para siempre a tu querida
perdiste.
MARSILLA: ¡Para siempre!

ZULIMA: Vive ahora
para verla de Azagra poseída.

(Vase ZULIMA por la izquierda del actor, y ADEL la sigue con la vista por un momento. ZULIMA vuelve a aparecer subiendo el monte, que ocupa el fondo del teatro, por una senda que hace un recodo hacia la derecha. ADEL entonces se marcha por la izquierda para encontrarse con ZULIMA, la cual, cuando ADEL ya se ha retirado, repara en DON MARTÍN, que llega con dos criados, y se queda oculta detrás de un peñasco en lo más alto del monte. MARSILLA permanece solo algunos instantes en el silencio del abatimiento, apoyado en un árbol.)

Escena IV

DON MARTÍN. DOS CRIADOS. MARSILLA.

MARTÍN: ¡Él es! ¡Hijo querido!
MARSILLA: Padre. ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... ¿Mi mal es cierto?
MARTÍN: Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, a quien su hierro ardiente
la desgracia al nacer marcó en la frente,
tu triste padre que por verte vive,
con dolor en sus brazos te recibe.
MARSILLA: ¿Quién tu llegada ha retardado?
El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.
MARTÍN: ¿La sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
de los soldados que conmigo traje?
¿Te han herido?
MARSILLA: ¡Ojalá!
MARTÍN: ¿Te han despojado?
MARSILLA: Nada he perdido. La esperanza sólo.
MARTÍN: ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...
MARSILLA: ¡La pérfida anunciar la muerte mía!
MARTÍN: ¿Lo sabes?
MARSILLA: De ella.
MARTÍN: ¡Horror! Entonces era
cuando Celada, el habla recobrando,
la traidora noticia desmentía.

Corro al templo anheloso; el bronce suena,
y la sangre y el paso me detiene.
De la ansiedad ahogado y de la pena,
llego al sagrado umbral. «Marsilla viene»
exclamo..., y de los pies del sacerdote
miro alzarse a los dos. Caigo sin vida...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Pero aún te quedan padres, hermanos,
almas que sientan tu abandono triste.

MARSILLA: ¡Padres! ¡Hermanos! ¿Para qué me quieren,
ni qué les deberé? Tesoros traigo...
Vedlo...
(Designa con el pie la arquita, que los criados recogen, como también los demás efectos esparcidos por el suelo.)
Luego veréis sedas, alfombras,
caballos con jaeces, armaduras...
Allí viene el escudo destrozado
que vio asombrada aparecer Castilla,
el Garona besar su aciaga orilla,
Palestina de gloria coronado.
Riquezas con honor diome la suerte.
Para vosotros son. ¿Qué hay en mi patria
para mí? ¿Qué hallaré? Vacío, muerte.
No hay un amor, una Isabel, no hay nada.
¡Padres! ¡Hermanos! ¿Quién a mi adorada
sustituye en mi pecho? Potestades
del mal, a quienes Dios para juguete
me quiso dar, reíd; ya conseguisteis
llevar hasta su fin mi desventura.
Solemnizad, espíritus dañados,
mi desesperación. Tus calabozos
ábreme, infierno; a sepultarme en ellos
me impele mi furor, y me señala
de la venganza el criminal camino.
¿Dónde está la que pérfida insultaba
la miseria y horror de mi destino?

MARTÍN: Su castigo abandona al justo cielo.
La maldición persígala de un padre
cuyo pecho llenó de desconsuelo.

MARSILLA: ¿Del cielo os prometéis justo castigo?

¿De ese cielo al delito favorable,
de las virtudes áspero enemigo?
Mas sí, veréis que a mi furor entrega
esa mujer fatal, porque su sangre
cubra de mengua y de baldón mi frente.
Y ¿qué me importa el deshonor? Ardiente,
bárbara sed de sangre me devora.
Verterla a ríos para hartarme quiero,
y cuando más que derramar no tenga
la de mis venas soltará mi acero.

MARTÍN: Hijo, modera ese furor.

MARSILLA: ¿Quién hijo
me llama ya? Con vínculo ninguno
ligado al hombre estoy, de la venganza
vivo no más. ¡Venganza! Llega ahora,
ven a gozarte en mi dolor, traidora.
Si abre sus senos para guarecerte
la tierra, en ellos te daré la muerte.
Y tú la seguirás, rival felice.
Tú la has de preceder. ¿No eres la causa
primera de mi mal, de los que sienta
la que ya tuya llamarás? ¡Oh! Nunca
lo será, no, juro a los cielos. Antes
de salir de Teruel y de Valencia
sangre mis pasos señalar debía.
Fruto es mi perdición de mi imprudencia.
Todo viene a avivar la rabia mía.
Pero no de ese triunfo haréis alarde:
para acabar con ambos aún no es tarde.

MARTÍN: ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?

MARSILLA: Con el crimen
lazos romper de crimen. Una vida
de Isabel me separa: que perezca.

MARTÍN: Hijo...

MARSILLA: Perecerá.

MARTÍN: No...

MARSILLA: Maldecido
mi nombre sea si la sangre aleve
de mi rival no vierto.

MARTÍN: Es poderoso.

MARSILLA: Marsilla soy.
MARTÍN: Mil deudos le acompañan...
MARSILLA: Mi rabia a mí.
MARTÍN: Respeto te merezca
un vínculo...
MARSILLA: Es sacrílego, es injusto.
MARTÍN: En presencia de Dios formado ha sido.
MARSILLA: Con mi presencia queda destruido. (Vase.)
MARTÍN: ¡Piadosos cielos! A perderse corre
si próvido mi amor no le socorre.
(Vanse DON MARTÍN y los criados.)

Escena V

ZULIMA: . ADEL, que le sale al encuentro.
ZULIMA: ¿Vas a librarte de un rival? Yo acudo
su riesgo a prevenir, y si es preciso,
de mí me olvidaré, siendo su escudo.
ADEL: Tus pasos atajar el cielo quiso.
¡Muere! (Hiérela y cae.)
ZULIMA: ¡Traidor! ¡A mí...! Si vence... ¡Ay! Muero. (Expira.)
ADEL: Tu esposo y rey te condenó en Valencia,
y a ejecutar me envía la sentencia.

ACTO V

Habitación destinada a ISABEL en casa de DON RODRIGO. Una gran ventana sin reja en el fondo que da vista a un jardín alumbrado por la luna. Luces en la escena.

Escena I

MARGARITA: . ISABEL.
ISABEL: No me digáis nada; dejadme sosegar este momento en que se ha ausentado mi esposo. Porque ya es mi esposo, ¿no es verdad, madre? Sí, me han dicho en la iglesia no sé qué cosas, me han hecho pronunciar no sé qué palabras; y con esto, ya no soy mía; ya soy de otro; y yo debo ser otra también. ¿No es esto lo que queríais decirme? Ya veis que no es necesario: yo lo sé como vos.
MARGARITA: No, no es eso lo que quiero decirte: quiero mostrarte mi arrepentimiento; quiero que conozcas lo que padece tu madre. ¿Cómo me atrevo a llamarme madre? Soy un verdugo que te ha

sacrificado sin piedad. ¡Hija adorada! Créeme; un espíritu maligno me ha cegado. Él era el que me susurraba al oído en voz temerosa las palabras: «vergüenza, deshonor, castigo». Él me presentaba sin cesar a los ojos el espectáculo de la ira, del dolor de un esposo; él me restituye la razón para que vea toda la extensión de tus males, ahora que es imposible su remedio.

ISABEL: Y bien, si no tienen remedio, ¿a qué recordarlos? Decís que padecéis; lo creo, yo también padezco. Decís que me habéis sacrificado; os engañáis, yo soy quien se sacrifica. Decís que os arrepentís; yo alguna vez también me arrepiento, pero por fortuna ya es tarde.

MARGARITA: ¡Ojalá pudiese aún aceptar todo el cúmulo de ignominia que me amenazaba, para dejarte libre en tu elección!

ISABEL: ¡Todos me han querido dejar libre, y todos me han presentado cadenas! Pero vos, madre... ¿qué más podíais hacer? Gracias, madre mía. Vos sí que os sacrificabais por mí. ¡Oh! no os aflijáis: no atendáis a mis palabras, porque nada expresan sino la confusión y el aturdimiento: desde esta mañana no sé qué es de mí. Cuando he venido a esta sala, era para buscar una persona, para saber una nueva: ya no sé a quién buscaba, ni qué quería saber. En tal estado, ¿qué puedo hacer sino delirar? Más vale que delire a solas; así no os atormentaré. ¡Ah! Yo creo que buscaba a don Rodrigo para pedirle que mañana me llevase a la Corte, a Castilla, muy lejos.

MARGARITA: Entró un paje a decirle que le buscaba un caballero: le estará hablando.

ISABEL: ¡Ya me acuerdo! ¿Ha llegado, madre mía?

MARGARITA: ¿Quién?

ISABEL: ¿Quién puede ser? ¿No le he nombrado? Marsilla.

MARGARITA: Sí, ya ha venido.

ISABEL: Por esto quería yo huir de Teruel, por no verle. Ésta es la noticia que yo esperaba. ¡Cuánto me alegraría de verle! Pero, ¿verdad que no debo, madre mía?

MARGARITA: No, no le veas, no le oigas, no te oigas a ti misma.

ISABEL: Sí, aquí siento (Indicando el corazón.) una voz que me dice: «Él te ama, ámale»; pero aquí (Señalando la frente.) me grita otra: «Él puede amarte: tú no le debes amar». ¿Le habéis visto vos? ¿Cómo viene? ¡Mal desasido aún de los brazos de la muerte, hacer un viaje tan precipitado! ¿Si estará muy triste? Y aunque no lo estuviera... no le digáis cuál me hallo yo.

MARGARITA: Aún no le he visto, pero quiero verle: me importa consolarle, aconsejarle...

ISABEL: ¡Oh! Sí, vedle madre mía, vedle cuanto antes: hacedle que os cuente sus aventuras, y con eso... Pero no, vos no debéis contármelas a mí. Mirad, yo quisiera que le dijeseis, no que amo a su rival, porque no lo creería; no que le he olvidado a él, porque le costaría caro el creerlo: le podríais decir que mi pasión se ha debilitado... Esto es falso, pero no importa. Que he dado voluntariamente la mano a don Rodrigo; esto es verdad, bien lo sabéis. Que respete mi estado, que no procure verme, que no me siga...

MARGARITA: Que se esfuerce a olvidarte.

ISABEL: No, yo no quiero que me olvide. ¿Por qué ha de olvidarme? ¿Le he de olvidar yo a él por ventura?

MARGARITA: Sí, hija mía, sí le olvidarás. Dios, que tiene en la mano los corazones, premiará vuestra virtud con la tranquilidad del espíritu. Dios se rendirá a mis ruegos, y todas las angustias de vuestras almas las trasladará a mi pecho; a mí me servirán de justificación, y vosotros gozaréis aquella paz a que sois tan acreedores. No lo dudes, hija mía; no digas que lo dudas, si quieres que viva. A Dios, Isabel; te dejo sola como deseas, pero con sentimiento: jamás me ha sido tu presencia

tan necesaria. Delante de ti mis remordimientos enmudecen, porque tu virtud los refrena; lejos de ti nada hay que se oponga a su dominio. Hija mía, a Dios. (Vase.)

Escena II

ISABEL: .

ISABEL: Sí, madre, confía,
verás cómo cesa
bien pronto en mi pecho
la brava tormenta:
no pueden sus olas
entrar en la huesa.
Por eso esta mano
mi vida respeta:
ningún moribundo
su fin acelera.
Pues si esta esperanza
faltase a mi pena,
si el hórrido cuadro
que pinta la idea
mi suerte futura
creyese que encierra,
¿quién a mi despecho
límite pusiera?
¡Vivir con el hombre
que ser hoy me veda
la más venturosa
de toda la tierra!
¡Oh! No es tan escasa
en Dios la clemencia.
¿No es cierto, Dios mío,
que ya satisfecha
con tantos afanes
tu justicia queda?
¿Que, ya fenecido
el tiempo de prueba
que a mí y a Marsilla
prescrito nos fuera,
nos luce la aurora

de la recompensa?
Sí, desde ese trono
donde tu grandeza
sobre serafines
las plantas asienta,
benévolo miras
las lágrimas nuestras,
y el ángel de muerte
que rompa le ordenas
el arca de barro
que al alma encarcela.
Tú el seno divino
que amor sólo alberga
piadoso nos abres,
en él nos estrechas,
coronas de triunfo
nos ciñe tu diestra,
y amarnos, y amarnos
por siempre nos dejas.
Sí, yo lo conozco
mi hora se acerca;
por desenlazarse
mis miembros pelean.
No puedo tenerme,
se rinden mis fuerzas;
ya nada distingo
de cuanto me cerca.
(Recuéstase en un escaño y permanece inmóvil algunos instantes.)

Escena III

MARSILLA: , que entra por la ventana. ISABEL.
MARSILLA: Desconozco el lugar. ¿Dónde me encuentro?
¿Podrá ser ésta de Isabel la estancia?
Nada hay en ella de Isabel. ¡Qué miro!
Una mujer... qué plácida descansa.
No turbemos...
ISABEL: (Abriendo los ojos.)
¡Ay Dios! ¡Un hombre! ¡Cielos!

¿No es él? ¡Él es! Si vienen, si le hallaran...
¿Tendré valor de huir?

MARSILLA: Mi pecho dice
que Isabel está aquí.
(Vuelve a mirar a ISABEL, la conoce, y se acerca a ella con los brazos abiertos: Isabel se desvía.)
¡Prenda adorada!

ISABEL: ¡Marsilla!

MARSILLA: ¡Dulce bien!

ISABEL: Detente. ¿Cómo
te atreves a poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARSILLA: Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta
para que vuelva a su Isabel Marsilla
el deseo del goce de mirarla?
¡Oh, qué hermosa a mis ojos te presentas!
Nunca te vi tan bella, tan galana...
y un pesar, sin embargo, indefinible
me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; toca modesta,
cándida flor en mi jardín criada,
vuelvan a ser tu angelical adorno:
mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL: Su razón adolece del delirio (Aparte.)
que primero en la mía dominaba.

MARSILLA: Ya mi susto cesó: veo en tu mano
la señal de tu fe. Tú me esperabas,
y deslumbrar mis ojos pretendiste.
Este anillo es la joya que me agrada.
(Tómale una mano para besársela.)
¡No es el mío! ¡Qué horror! Sierpe se vuelve,
y a devorarme viene las entrañas,

ISABEL: ¿No conoces qué indica este atavío
que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separación...

MARSILLA: ¡Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL: ¡Estoy casada!

MARSILLA: ¿Cómo pudiste enajenar tu mano?

ISABEL: ¡Don Diego!

MARSILLA: Pero, ¿cómo la negaras?
El temor... la violencia... sin saberlo
formó el labio la fatal palabra.
¿No es verdad, Isabel?
ISABEL: El cielo sabe,
y como él sabes tú, si yo te amaba.
Y con todo, Marsilla... ¿lo creyeras?,
al altar he llegado voluntaria.
MARSILLA: ¿Es Isabel a quien escucho? ¿Sabes
que te acusas de pérfida, de falsa?
ISABEL: ¡Yo pérfida! ¡Gran Dios!
MARSILLA: No, no lo creo.
No movió la cruel desconfianza
mi labio, fue el dolor, es la sorpresa...
Dime... dime tan sólo que me amas.
ISABEL: Mi deber...
MARSILLA: Es amarme.
ISABEL: Tengo esposo.
MARSILLA: Tus bodas a la ley y a Dios ultrajan.
Mía es tu mano, me la dio el cariño,
y de un usurpador vengo a cobrarla.
ISABEL: ¿No miras dónde estás? Estas paredes
enemigas te son.
MARSILLA: No temas nada
ni por mí, ni por ti; no estoy yo solo,
mi valor y mi acero me acompañan.
ISABEL: , si cediste a la violencia,
dilo, si con halagos engañada,
si fuiste por el brillo seducida
de las riquezas, dímelo: sé franca,
yo indulgente seré. Si ya en tu pecho
la fe que un día me tuviste falta,
decláralo también; amor u olvido
de ti reclamo. De mi vida fallas
o de mi muerte: di, que muerte o vida,
como venga de ti, me será grata.
ISABEL: ¿Qué podré yo decir? Dios lo ha querido.
El término expiró; fueme anunciada
tu muerte; yo creída...
MARSILLA: ¿Y tus promesas?

Cuando resuelta la partida aciaga
de ti me despedí, ¿qué me dijiste?
«Parte, que tu Isabel fina te aguarda.
O mi mano mis padres te conceden,
o me consagro a Dios.»

ISABEL: Si penetrara
mi corazón tu vista... si supieras,
no de este enlace la secreta causa,
¡no!, lo que me ha costado de suspiros
rendir el cuello a la coyunda sacra,
lágrimas de piedad en vez de quejas
te debiera mi suerte desgraciada.
¡Qué! La Isabel a quien llamaste tuya,
¿no pudo merecerte que pensaras
que cuando a Azagra abandonó su mano,
para siempre de ti la separaban
obstáculos inmensos y terribles
que superar no pudo fuerza humana?

MARSILLA: ¡Obstáculos! ¡Secretos! ¿Cuáles? Dilo.

ISABEL: Jamás.

MARSILLA: ¿Así te justificas? Habla.

ISABEL: Imposible, imposible.

MARSILLA: ¿Desde cuándo
tuvo en tu pecho la reserva entrada
para tu amante?

ISABEL: (Aparte.) ¡Oh madre!

MARSILLA: ¿No respondes?

ISABEL: Respeta los secretos de una dama...
Suponte de mi muerte persuadido
en un rincón del África o del Asia,
supón que allí una voz, voz revestida
de la más fuerte y seductora magia,
voz cuyo acento penetrante esfuerzan,
en la más favorable circunstancia,
naturaleza, gratitud, y todo
cuanto puede hallar eco en tus entrañas,
a tus oídos suplicante llega,
y un sacrificio enorme te demanda,
sacrificio de vida para alguno,
de muerte para ti que la anhelaras...

di, ¿no te hubieras como yo casado?

MARSILLA: Jamás; nada respeta quien bien ama.
Todo el amante fiel lo sacrifica
en el altar del numen que idolatra.
¿Piensas que en esta ausencia no ha sufrido
mi fino corazón recias batallas?
¿No viste a esa mujer que de mi muerte
te dio la nueva, por desdicha falsa?
Esa mujer me amó: yo el sacro nudo
que la unía al rey árabe ignoraba;
ella mi ley y la fortuna mía
se prestaba a seguir; ya desdeñada,
con hórrido suplicio rencorosa
me amenazó: ni halago, ni amenazas,
ni el grito que en mi cuerpo falleciente
naturaleza con espanto alzaba,
que vacilase conseguir pudieron
el tesón varonil de mi constancia.
Tuyo viviendo, tuyo en el sepulcro
me quise conservar. En vano tratas
de asemejarme a ti: veo con pena,
¡pena cruel que me destroza el alma!,
que creyendo tu pecho igual al mío,
mi cariño leal se equivocaba.

ISABEL: Pues bien, Marsilla... ¿para qué negarlo?
Preciso es confesar que soy culpada.
Nada a tus ojos excusarme puede.
Todo me acusa y en mi daño clama.
Perdón, Marsilla; si capaz he sido
de faltar a la fe que te jurara,
tú, que nunca cesaste de quererme,
tú me perdonarás. Arrodillada,
deshecha en llanto, tu Isabel te pide
perdón, piedad. Merézcate esta gracia...
porque la miras por la vez postrera.
Lleve yo a la presencia soberana
del sumo Juez, que al tribunal eterno
ya con tremenda voz llegar me manda,
este favor de ti. Sin perdonarme,
por Dios, Marsilla, que de aquí no salgas.

MARSILLA: ¡Tú a mis pies! ¡Tú culpable te confiesas,
ISABEL: ! Mas ¿qué importa? Tú me engañas.
Lo que tu acción, lo que tu labio dice
lo desmiente ese llanto que derramas.
No es ese llanto de arrepentimiento,
no, que es de amor, de amor puro, sin tacha,
fiel como el mío, sí. Luz de mis ojos,
cesa ya de llorar, cesa, levanta.
Dame la vida en una voz.
ISABEL: ¿Prometes
una orden mía obedecer?
MARSILLA: ¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad no es tuya? Dispón, habla.
ISABEL: Júralo.
MARSILLA: Sí.
ISABEL: Pues bien: yo te amo. Vete.
MARSILLA: ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
me matase a tus pies, si tu dulzura
con la hiel del dolor no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
de amor y de destierro hiciste hermanas?
ISABEL: Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria.
Deslindar sus derechos es en vano:
yo debo serle fiel, Dios me lo manda.
MARSILLA: , virtuosos hemos sido
hasta aquí; la pasión que nos inflama
es una virtud más: ¿por qué pretendes
en la última prueba profanarla?
Si añadir que te adoro es necesario,
que en mi pecho tu imagen estampada
siempre conservaré, yo lo repito,
yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de ti, sé generoso,
libértame de mí.
MARSILLA: No sigas, basta.
¿Tú la ausencia me intimas? Es la muerte.
¿Cómo puedo vivir sin esperanza?
Yo proteger tu vida pretendía,

pero tus padres suplirán mi falta.
No temas, no, que de mi fin te acuse.
Contento muero porque tú lo mandas.
Permite en recompensa que te estrechen
mis brazos una vez, y que su estampa
deje en tu frente cándida mi labio.

ISABEL: No es posible, Marsilla: soy casada.

MARSILLA: Es mi postrera súplica.

ISABEL: ¿No tienes
piedad de una mujer enamorada?

MARSILLA: ¡Oh!, tenla tú de mí. Será el abrazo
de un hermano dulcísimo a su hermana,
cual mi fe tierno, cual tu frente puro.

ISABEL: No te acerques.

MARSILLA: En vano me rechazas.

ISABEL: ¡Dios eterno! ¡Salvadme! Deteneos,

MARSILLA: , o grito a don Rodrigo...

MARSILLA: Llama,
llámale, fementida; mas no creas
que tu voz oiga y a tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,
no; lejos de los muros de la villa
muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL: ¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA: ¡Pérfida! ¿Te afliges?
Si lo sospecho, ¿quién le libra? ¡Oh rabia!

ISABEL: ¿Vive?

MARSILLA: Merced a mi clemencia loca,
vive: apenas cruzamos las espadas,
ya en su costado se clavó la mía:
un momento después postrado estaba
su orgullo en tierra, en mí poder su acero.
¡Oh maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra
si ha de coger cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
y en ti la he de estrenar. Al punto, ahora
vas a salir conmigo de esta casa.

ISABEL: No, no... ¡Dios mío! ¡Quítame la vida!
MARSILLA: Me seguirás.
ISABEL: ¡Desventurado...!
MARSILLA: Calla.
Ya nada escucho.
ISABEL: ¿Has de atreverte...?
MARSILLA: A todo.
Si es ya preciso. ¿Sabes que se trata
de tu vida, infeliz? ¿Sabes qué dijo
el cobarde que lloras desolada
al caer en la lid? «Tuyo es el triunfo,
pero medios me quedan de venganza.»
ISABEL: ¿Qué dijo? ¿Qué? (Aterrada.)
MARSILLA: «Me vengaré en don Pedro,
en Margarita, en Isabel; un arma
a los tres herirá.»
ISABEL: ¡Santos del cielo!
Corramos, estorbemos... -¿Dónde se halla?
Dilo.
MARSILLA: Esposa leal, deja el cuidado:
ya a tu padre dispuse que avisaran,
y a su lado estará.
ISABEL: (En la mayor desesperación.)
¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
MARSILLA: Va con tu padre el juez; nada receles.
ISABEL: ¡Para esto di mi mano!
MARSILLA: ¡Desdichada...!
ISABEL: ¿Qué es lo que hiciste?
MARSILLA: Tu traición revelas.
¡Impostora! -¡Y decía que me amaba!
ISABEL: ¡Hombre de maldición! ¡Ojalá nunca
de Teruel las almenas avistaras!
¡Cruel! ¿Amor a reclamar te atreves
de una mujer por ti despedazada?
Ya te aborrezco.
MARSILLA: ¡Oh Dios! ¡Ella lo dice!
(Cae en un escaño como herido de un rayo.)
No puedo más.
ISABEL: ¡Qué miro! Se desmaya.

Perdóname un momento de despecho...
MARSILLA: Isabel me aborrece... ¡Me engañaba!
Aquí siento... ¡qué angustia! Yo la adoro...
y ella me aborrecía... ella me mata. (Muere.)
ISABEL: ¡Madre mía! ¡Favor! Marsilla... ¡Cielos!
Parado el corazón, la frente helada...

Escena IV

DICHOS. MARGARITA. Después DON PEDRO, seguido de algunos CABALLEROS, DAMAS y CRIADOS.
MARGARITA: ¡Qué es esto! ¿Por qué gritas, hija mía?
ISABEL: Socorredle, salvádmele.
MARGARITA: ¡Qué veo!
¿Se halla herido también? Cuando disipa
por fin Azagra mi inquietud, encuentro...
(Salen DON PEDRO, damas, caballeros y criados.)
PEDRO: ¡Marsilla!
ISABEL: (A su padre.)
Sí, no me culpéis. (A su madre.)
Su vida...
MARGARITA: (Después de haber tentado las manos de MARSILLA.)
¡Huye de aquí, infeliz!
ISABEL: ¿Con que ya es muerto?
TODOS. ¡Muerto!
ISABEL: Yo le maté: quise alejarle...
que le odiaba le dije... El sentimiento,
el espanto... ¡Y mentí!
PEDRO: Ven, hija mía.
ISABEL: Pero también de mí se apiada el cielo.
Ya de la eternidad me abre la puerta,
y de mis ojos huye el mundo entero,
y una tumba diviso solamente
con un cadáver, y a su lado un hueco.
¡Marsilla...! Yo te amé, siempre te amaba...
Tú me lloraste ajena, tuya muero.
(Arrójase sobre el cuerpo de DON DIEGO, y expira quedando de rodillas abrazada con él.)